

varios santos españoles, que se suponían martirizados bajo el imperio de Neron y cuyos cuerpos se decían allí enterrados, aparecieron, además de las famosas láminas plumbeas, obra, como es sabido, del célebre impostor Miguel de Luna, del morisco Alonso del Castillo y de otros que especulaban sobre la credulidad de aquel buen prelado, varias lápidas y monumentos, que si bien no tenían relación ninguna con el tesoro que allí se pensaba descubrir, llevaban al menos el sello de una razonable antigüedad. Entre ellas se descubrió una lápida sepulcral arábiga, que confundida con los demás descubrimientos fue injustamente incluida en el anatema fulminado, primero por los sá-

bios de Europa, y después, aunque tarde, por la iglesia romana, calificándolos de apócrifos y falsos. Hállase la dicha inscripción en un cuaderno de estampas grabadas que representan las diferentes antiguallas verdaderas ó supuestas que en dicho sitio fueron halladas, y como por una parte el dicho cuaderno que vió la luz pública por aquellos tiempos, se ha hecho escusivamente raro, y por otra no es justo que una memoria tan apreciable quede sin intérprete, hanos parecido conveniente el reproducirla aquí para satisfacción de los que se dedican á esta clase de estudios.

Reducido, pues, á caracteres vulgares, dice así:

بِسْمِ اللّٰهِ الرَّحْمٰنِ الرَّحِیْمِ وَصَلَّى اللّٰهُ عَلٰی مُحَمَّدٍ وَعَلَىٰ اٰلِهِ
كُلِّ نَفْسٍ ذٰلِقَةً الْمَوْتِ وَاِنَّمَا تُوَفُّونَ اَجْرَكُمْ یَوْمَ الْقِیَامَةِ
فَمَنْ زَحَرَ عَنِ النَّارِ وَاَدْخَلَ الْجَنَّةَ فَقَدْ فَازَ وَمَا الْكِبَايَةِ
الدُّنْيَا اِلَّا مَتَاعُ الْغُرُورِ هَذَا قَبْرُ الشَّيْخِ الصَّالِحِ
الْعَابِدِ الزَّاهِدِ الْمُرَابِطِ الْمَجَاهِدِ اَبِي مُحَمَّدٍ الْحَاجِّ
حَسَنِ بْنِ صَالِحِ بْنِ عَلِيٍّ الْمَعْرُوفِ بِحَنْجَرِ الْبَغْدَادِيِّ
رَحِمَهُ اللّٰهُ عَلَيْهِ قَدِمَ الْبِلَادَ طَالِبًا الْجِهَادِ
وَزَايِرًا صَالِحًا وَضَايِفًا عَلِيٍّ الْمَلُوكِ الْفُلُكَا وَهُوَ
مِنْ بَيْتِ شَهْرٍ بِالصَّلَاحِ مِنْ قَوْمِ هُدَاهِمِ اللّٰهُ
الَّذِي الْفَلَاحِ خَلِیْفَةُ سَيِّدِي اَحْمَدَ الرَّفَاعِيٍّ سِرْخَلْقِي
عَرَبُوعَجْمِ الْمَطَاعِيٍّ جَمَعَ بَيْنَ عِلْمِ الشَّرِیْعَةِ وَالطَّرِیْقَةِ
تَرْبِيَةِ الْمُرِيدِيْنَ وَهُدَاهِمِ اِلَى الطَّرِیْقَةِ تَوَجَّهَ اِلَى
الْجِهَادِ لَوَجْهِ اللّٰهِ وَانْفَقَ مَا مَلَكَ فِي سَبِيلِ اللّٰهِ
تَبَرَّكَتْ بِهِ الْمَجَالِسُ وَالصُّدُورُ وَتَكَرَّرَتْ بِهِ
الْمَحَارِسُ وَالتَّغُورُ وَكَانَ مِنْ حَسَنَاتِ الزَّمَانِ وَمِنْ
مَصَابِيحِ اَهْلِ الْاِيْمَانِ تُوَفِّيَ رَحِمَةُ اللّٰهِ تَعَالَى یَوْمَ
الْثَّلَاثَا الْخَامِسِ وَالْعَشْرِيْنَ مِنْ شَوَّالِ عَامِ ثَلَاثَةِ
وَتَلَاثِيْنَ وَثَمَانِ مِاِةٍ تَغْمِظُهُ اللّٰهُ بِالرَّحْمَةِ نَح

«En el nombre de Alá clemente y misericordioso: la bendición de Alá sea sobre Mahoma y los suyos:

«Toda alma ha de probar la muerte, y cada uno de vosotros habrá su recompensa el día de la resurrección:

«el que se hallare lejos del fuego del infierno y fuere admitido en el paraíso, aquel será verdaderamente dichoso; pues la vida presente

«no es sino un almacén de engaños (1). Aquí yace el xequé honrado, devoto, austero, morábito y guerrero Abu Mohammad Al-háge

«Hasan, hijo de Saleh, hijo de Ali el conocido por Giangiar (2) Al-bagdadi ó de Bagdad,

«la misericordia de Alá sea sobre él: vino á esta tierra para emplearse en la guerra contra los infieles,

(1) Esta primera parte de la inscripción está sacada del corán.

(2) *حَنْجَر* así se lee en la inscripción: pero si se le quita el punto al *gim* quedará en *hangiar* *حَنْجَر* ó *خَنْجَر* que vale tanto como sable, de donde provino nuestra voz *alfange*, acompañada del artículo *al*.

«visitar á los reputados por santos y asistir en la corte de sus reyes, los afortunados. Fué

«de familia ilustre, hijo de padres conocidos por su santidad y á quien Alá guió

«por la senda de la bienaventuranza, lugar teniente de Sidi Ahmed Ar-rifayi Sarjálaki

«Arbuâgiem Al-mutáyi. Docto igualmente en letras divinas y humanas,

«comunicó sus conocimientos á cuantos fueron á encontrarle, y los guió por la senda de la sabiduría:

«marchó á la guerra santa á la faz de su Dios, y gastó

«cuanto tenía en su servicio:

«bendijo con su presencia los círculos y assembleas literarias y defendió con su persona

«las plazas y fronteras: fué uno de los adornos de su siglo, y una

«de las lucernas de la religion. Murió (¡Dios escelso le haya perdonado!) el día

«Martes á veinticinco de la luna de Xagual del año tres

«y treinta y ochocientos (833), Alá le cobije con su misericordia.»

El veinticinco de la luna de Xagual del año 833

de la hégira ó huida de Mahoma, corresponde al 16 de junio de 1450, es decir, sesenta y dos años antes de la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Reinaba á la sazón en dicha ciudad y su comarca Mohammad VIII apellidado *el izquierdo* ó *el zurdo*, que fué el catorceno en la série de los Nasse-ritas de Granada. A intento hemos estampado aquí esta inscripción, aunque comparativamente moderna, para que se vea la diferencia inmensa que existe entre el carácter cúfico, tal cual se usó en España hasta fines del siglo VI de la hégira y principios del siguiente, y la clase de letra despues introducida, y que aun continúa en uso entre los moros africanos. Por lo demas la inscripción es muy legible; las letras estan bien formadas, y lo que no es comun en monumentos de este género, acompañadas de sus correspondientes puntos diacríticos y mociones vocales, lo cual facilita sobremanera su lectura é interpretación.

De ella resulta que un árabe ilustre, el cual había hecho su peregrinación á la Mecca, que tanto significa el título de *Al-háge*, vino de Bagdad á España con el fin de cumplir con uno de los cinco sagrados preceptos de su religion, la guerra con los infieles ó cristianos, y que murió en Granada sin volver á pisar el suelo natal. También aparece que fué *jalifa*, es decir, vicario ó lugarteniente de un tal Ahmed Ara-rifáyi, el cual es de presumir fuese gobernador ó *cadi* de algun barrio ó distrito de Bagdad, si bien la inscripción nada nos dice sobre este particular.

Hácia el tiempo que el personaje en cuestion vino á Granada, la Siria, la Persia y el Oriente todo eran presa de la guerra civil. Los tártaros guiados por su rey Timur-lenk ó Tamerlan habían invadido la Siria y la Mesopotamia en el último tercio del siglo XIV; habían puesto á sangre y fuego aquellas deliciosas regiones y saqueado ó reducido á cenizas sus principales ciudades. A la muerte de aquel conquistador acaecida en 1405, sus vastos dominios pasaron á manos de sus hijos y nietos, los cuales no todos defendieron con igual energía sus estados. La Iráca y su capital Bagdad cayó muy pronto en manos de su antiguo señor el sultan Ahmed ben Avis, sucesor de Bayazed ó Bayaceto; mientras que toda aquella parte de Siria conocida bajo el nombre de Diarbequer fué ocupada por Cara-Yusuf, el Turcoman fundador de una dinastía conocida en los anales musulmicos bajo el nombre de *cara coinlu* ó del carnero negro (1).

No es pues de estrañar que huyendo Abu-Mohammad de la civil discordia, emigrase de aquellas regiones y viniese á buscar la tranquilidad y la paz en una de las únicas provincias del mundo musulman á que no llegó la furia devastadora de aquel conquistador, denominado no sin razon como el humno-Atila « el azote de Dios. » Además de que la España le proporcionaba ocasion de emplearse en el *gihed* ó guerra santa, y de hacerse acreedor á los premios é indulgencias prometidos á los que pelean por la fé.

Acerca de sus nombres, que son muchos y varios, creemos oportuno el observar que los árabes usan además del nombre, varios sobrenombres, mo-tes ú apellidos cuyo origen conviene investigar. En primer lugar tienen un nombre que equivale al nues-

tro de bautismo, como Mohammad, Ibráhim, Ishác, Giáfar, Ali, Abdo-r-rahman, el cual se impone al niño al nacer, ó á la edad de cinco ó seis años, que es la época de la circuncision. Los padres dan nombre á los hijos y las madres á las hijas: muchas veces se echan suertes entre varios nombres y el que sale primero se considera como un mandato del cielo. Los mas comunes son los de los personajes mencionados en la Biblia ó en el Nuevo Testamento, y tambien los de los discipulos y compañeros de su profeta. Mohammad, que nosotros decimos Mahoma, es nombre tan comun entre ellos, que dió origen á aquel comun adagio de « mas difícil que el hallar á Mahoma en Granada. »

Usan además de una alcuña ó sobrenombre. Esta palabra « alcuña » que se deriva del arábigo *kunyá* con el artículo *al*, significaba en lo antiguo «sobrenombre » como lo prueban el autor anónimo de *la Historia de la casa de Sousa* y otros genealogistas. Hoy dia se entiende por *alcuña*, que escribimos y pronunciamos *alcurnia*, la familia, linaje ó ascendencia, habiendo sucedido con esta voz lo que con otras muchas de que usaron los antiguos, que es haberse adulterado su recta y primitiva significacion. Los árabes usaban y usan mucho de estas alcuñas antepuestas á sus nombres, siendo de advertir que esto mismo estaba, y aun está, entre ellos sujeto á ciertas reglas, cuyo conocimiento es indispensable para leer con fruto sus escritos, como quiera que en sus diccionarios biográficos y en otras obras se hallan casi siempre designados los autores de alguna nota por sus alcuñas, callándose el nombre propio. Así, pues, al nombre de Abdo-r-rahmán que significa el siervo del misericordioso, vá por lo comun unida la alcuña de *Abu Zeyd* ó el padre de Zeyd; al de Ibrahim que nosotros decimos Abraham, la de *Abu Ishác* ó el padre de Isaac; al de Suleymán que es Salomon, la de *Abu Ayyub* ó el padre de Job y al de Daud que es David, la de *Abu Suleymán*. El nombre de Mohammad vá por lo general acompañado de la alcuña *Abu Abdillah* que nuestros escritores del siglo XVI corrompieron en *Boabdil*; así como convirtieron la de *Abu-l-hasan*, que por lo comun vá unida al nombre de Ali, en *Alboacen*.

La paternidad entre los orientales y especialmente entre los árabes, se reputaba por tan grande honor que los padres tomaban casi siempre el nombre de sus primogénitos. Así Mahoma se llamó Abu Abdillah y Abu-l-casem porque tuvo dos hijos, Abdollah y Cássem que murieron ambos en la infancia. Ali el yerno del profeta se llamó Abu-l-hasan ó el padre de Hasan, del nombre de su hijo primogénito.

A estos nombres añaden los árabes otro que indica, ya sea el pueblo de su naturaleza ó crianza como *Garnati*, *Cortobi*, *Ixbili*, *Bagdadi* (de Granada, Córdoba, Sevilla, Bagdad); ya la tribu ó familia á que pertenecen, como *Kaysi*, *Hadhrami*, *Jazregi*, *Hudheli*, *Masmudi*, *Zeneti* (de Kays, Hadhramaut, Jazreg, Hudheyl, Masmuda, Zeneta), ya la secta religiosa que profesan, como *Malequita*, *Xafeita*, *Hanbalita* etc., y por último el oficio público que desempeñan como *cadi*, *alfaqí*, *mocri*, que es el lector del coran en las mezquitas, *almoedan*, *muf-ti*, *arif*, *jatéb* ó predicador. En instrumentos públicos y en el encabezamiento ó prólogo de sus libros,

(1) Así llamados porque usaban de dicha insignia en sus armas y estandartes.

suelen tambien poner ademas del nombre del padre los de sus abuelos y ascendientes hasta la sesta ó séptima generacion. Pero como aun así era fácil que en una misma tribu hubiese varios individuos del mismo nombre, usando la misma alcuña, y nacidos en la misma ciudad, idearon para distinguirse entre si una especie de patronimico que equivale á nuestro apellido ú nombre de familia, como Ben Hayyán, Ben Jaldúna, Ben Umeyya, Ben Abbas, Ben Nasr. En estos y otros muchos ejemplos que podriamos citar, la palabra *Ben* habrá de traducirse por *nieto* ó *descendiente*, y no por *hijo* como algunos han hecho inadvertidamente.

Inscripcion sepulcral de Almería.

Debemos á la fineza y amistad de D. Javier de Leon Bendicho, diputado á Córtes por la provincia

de Almería, las copias y dibujos de algunas inscripciones arábicas, halladas últimamente en escavaciones hechas dentro del casco de aquella ciudad. La mayor parte son sepulcrales, lo cual prueba que el sitio donde han sido halladas fué en otro tiempo enterramiento de moros. De estos hubo varios dentro y fuera de Almería; Ben Pascual trata de uno llamado *Machorat-al hauss*, el cual estaba situado en el arrabal del estanque ó de la cisterna (*rabadh al-hauss*), que quizá sea el mismo llamado hoy dia « arrabal de las Huertas. »

Una de dichas inscripciones, aunque truncada é incompleta, nos ha parecido digna de ser aqui reproducida, no tan solo por la clase de letra en que está escrita, sino tambien por señalar el lugar donde estuvo enterrada una princesa mora, esposa de un rey de Almería y madre de otro.



EL FINCO.

Reducida la inscripcion á caracteres corrientes, dice así:

En el centro:

.....
 بكم بالله العزة.....
 ذى قبر خيال أم بن الر
 يس محمد بن معن بن
 صمادح رحمة الله عليها
 وعليه توفيت يوم الا
 حد لاحدي عشر بقين

En la orla de la derecha:

من شهر سفر عام.....

En la de la izquierda:

.....ما ورضوانه

Su traduccion castellana es como sigue:

(1)en vosotros: la gloria es de Dios.
 «Aqui yace enterrada Jayál, madre de Bén Ar-ráyes Mohammad ben Maán ben Samádeh, la misericordia de Alá (sea) sobre ella y sobre él: murió el dia domingo á once (dias) por andar de la luna de Safar del año.... téngala Dios en su gracia.»

Abu-l-ahwas Maán ben Samádeh, el Togibita ocupó el trono de Almería desde el año 429 de la hégira hasta el de 444, ó sea desde 1038 á 1052 de nuestra era vulgar. A su muerte le sucedió su hijo Mohammad Abu Yahya, el cual se mantuvo en el reino heredado de su padre Abu-l-ahwas hasta la llegada de los Almoravides. Irritado Yusuf ben Tefefin con los

(1) El primer renglon no forma sentido por faltar el encabezamiento ó principio de la inscripcion.

régulos andaluces por no haberle querido ayudar en sus guerras con Alfonso VI, dió órdenes á su general Seyr Abu Bequer para que los atacase uno despues de otro y los privase de sus estados. Abdollah Ben Balquin, rey de Elvira y de Granada, fué el primero que espermentó la cólera del monarca africano. Sitiado en su capital por un ejército de berberiscos, le fué preciso rendirse á discrecion. Ben Taher, rey de Murcia, y Ben Al-aftas de Badajoz se vieron igualmente despojados de sus dominios. La misma suerte cupo á Al-mótamed el de Sevilla, el cual terminó sus dias en una fortaleza de tierra de Marruecos, llamada Agmat.

Viendo el rey de Almería la tempestad que le amenazaba, trató de concertarse con los demas principes que se hallaban en el mismo caso que él, y solicitó tambien la ayuda de Alfonso; pero los Almoravides al mando de un general espermentado llamado Abu Zakaria ben Uxcinis, pusieron sitio á Almería antes de que le llegasen los refuerzos que esperaba. Cercaronle con tanto rigor y vigilancia, que ni por mar ni por tierra podia nadie entrar en la ciudad ni salir de ella; y Abu-l-ahwas, viéndose en tal apuro y sin esperanzas de socorro, fué tanto lo que se angustió que perdió la vida de despecho y de pesar. Antes de morir mandó llamar á su hijo y sucesor Ahmed Hosámo-d-daulah, y le aconsejó que si Dios le libraba de sus enemigos, se acogiese á la corte de los Beni Hammád, señores de parte de Africa oriental. Poco despues, el dia 4 de la luna de Rabí postrera del año 484 (25 de mayo de 1091), los Almoravides tomaron á Almería por asalto, y Ahmed se pasó á Africa, donde fué bien recibido por sus aliados los Beni Hammád (1).

Aunque la inscripcion no tiene fecha, no será difícil fijarla aproximadamente. Abu-l-ahwas Maân, primer rey de Almería de la dinastía de los Beni Samádeh ó Samádehies, entró á reinar despues de la muerte de Zohayr, el Eslavo, el cual perdió la vida en el año 429 de la hégira (1038 de C.) en un encuentro con el Zeyrita Bádis, rey de Granada. Ocupó el trono catorce años hasta fines del 443 ó principios del si-

guiente (mayo ó junio de 1053), sucediéndole su hijo Mohammád el conocido por *Ben Ar-ráyes*, que significa el hijo del arraez ó capitan. La espresion « la misericordia de Alá sea sobre ella y sobre él » que equivale á la nuestra de « Dios les haya perdonado » ó « los tenga en su gloria » prueba que la madre sobrevivió al hijo, pues los árabes nunca usan de dicha locucion, sino cuando hablan de un difunto.

Mohammád murió, segun dejamos dicho, en 484 de la hégira (1091 de C.) á los 58 años de su edad, pues sabemos por el cronista Ben Al-abbár que no contaba mas que 18, cuando por muerte de su padre fué proclamado en Almería: luego su madre Jayál debió morir despues del 484, quizá á los dos ó tres años, á no suponer que muriese de edad muy avanzada, siendo así que á la muerte del hijo debió tener á lo menos 62 años.

En vista pues de estos datos, opinamos que la fecha de la inscripcion no pasa del año 490 de la hégira que corresponde al 1027 de nuestra era. Además, la clase de letra en que está escrita es igual en todo á la que se usaba en dicha época. Tambien se hallan divididas las palabras, circunstancia que, segun ya dijimos en otro lugar, no se observa en las inscripciones de los primeros siglos, si bien es muy frecuente en monumentos de los siglos XI y XII, época en que se introdujeron la corrupcion y el mal gusto.

Es bastante notable la falta cometida por el que compuso ó grabó en mármol la inscripcion al escribir la voz *safar*, que significa el segundo mes del año mahometano, con un *س* en lugar de un *ص*. Nadie sino un lapidario rutineró ó ignorante hubiera incurrido en tamaño error.

El nombre de la princesa madre del rey de Almería podrá ser muy bien *خيال* *Giaiyal* ó *حبال* *Habbal* segun los puntos diacríticos que se pongan á las letras; pero nos inclinamos á que deberá leerse *خيال* cuyo significado equivale á «vision, ensueño.»

(Continuará).

PASCUAL DE GAYANGOS.

FIESTAS CÉLEBRES.

EL ASNO DE VERONA.

La historia de las supersticiones, escrita con toda la verdad y filosofía que se requiere, sería la historia de la demencia humana; y si á ese grande cuadro trazado por una mano hábil se juntasen los comentarios que naturalmente se ofrecen al hombre pen-

(1) Estos Beni Hammád eran Sanhagies ó de la tribu de Sanhagia, y parientes de los Zeyries que dominaron en el Africa oriental. El fundador de la dinastía llamado Hammád de donde les vino el nombre de Beni Hammád ó los hijos de Hammád, edificó en lo que ahora es la regencia de Tunes, un fuerte castillo, al cual puso su nombre Kalaat Hammád, y que Casiri (tomo I, p. 104) reduzó equivocadamente á Alameuilla en el reino de Granada.

sador, resultarían sin duda muchos y grandes volúmenes de delirios y miserables estravios, no pocas veces funestos á la sociedad, y siempre ridiculos hasta el desprecio.

Es la supersticion epidemia tan antigua é inveterada, que parece haber nacido con el hombre; es la supersticion una enfermedad contagiosa, que vá poco á poco gangrenando el cerebro hasta llegar á ser incurable, y contra la cual no bastan los esfuerzos todos de la inteligencia para aplicarle los remedios convenientes. El mayor número de personas cree muchas veces con la fé mas ciega cosas chocantes y

groseras; y el número menor debe guardarse muy bien de hacer uso del juicio para combatir las, sino quiere ser arrastrado y destruido por el torrente impetuoso de la creencia comun. No basta que lo ridiculo de un objeto esté manifestando ser indigno de la atencion y reverencia del hombre, de ese hombre siempre tan ufano porque se dice dotado de razon y alentado por el soplo de la potencia divina; no basta que una cosa descubra ella misma su origen mentido y engañoso, parto revésado casi siempre de trapazeros y ruines embebecadores; porque si hay, que por desgracia nunca falta, un individuo solo que le atribuya un origen divino, la muchedumbre, siempre crédula, siempre ignorante, reverenciando todo lo mas absurdo y lo que esté mas lejos de su comprension, adopta esa cosa como muy digna de su culto; y es necesario que la mano devastadora del tiempo vaya destruyendo la obra de la ignorancia de unos y del engaño y la supercheria de otros; pues seria grande temeridad el empeñarse en derribar de pronto un idolo á quien se tributaron adoraciones.

Tales son las ideas que nos sujere la materia del presente artículo, en el cual espondremos brevemente el origen y la práctica de una supersticion que, sin embargo de toda su ridiculez, estuvo en voga por el espacio de casi siete siglos en muchas iglesias y obispados de Francia y de algunos otros paises; y que cayera al fin, como caerán otras muchas luego que la ilustracion vaya purificando el espíritu del hombre y alejando de su frente la nube caliginosa que la rodea.

Es indudable, y no habrá ninguno que se atreva á desmentirlo, que ha habido una funcion religiosa llamada *La fiesta del Asno*, que, como acabamos de decir, se estuvo ejecutando como unos siete siglos, cuyo personaje principal era un borrico; no hay que reírse, lectores, un borrico! Refiere la tradicion, lo escriben varios autores, entre otros Voltaire, y nos lo han referido en el país algunos veroneses, que hácia los principios del siglo XVIII existian todavia los restos mortales de un jumento, encerrados en el vientre de otro jumento de madera, hecho espresamente para servir como de urna cineraria; que dicho animal estaba depositado en la iglesia de la Virgen de los Organos de Verona, bajo la custodia de una comunidad de frailes, los cuales le conservaban como una de las reliquias mas antiguas de la ciudad, y le sacaban dos veces al año en procesion.

Difícil es absolutamente fijar la época en que principiò veneracion tan grosera como degradante y contraria á la majestad de una religion tan pura como la nuestra; pero cuenta la dicha tradicion que este jumento, habiendo conducido á Jesus en su entrada en Jerusalem, y no queriendo permanecer mas en aquella ciudad maldita, cuyos habitantes condujeron al Calvario al Santo sin mancilla, emprendió su trote hácia el mar, caminó por encima de sus aguas con la misma firmeza que por la tierra, dirigiendo su ruta por Chipre, Rodas, Candia, Malta y la Sicilia; fué de allí á demorar algun tiempo en Aquileya, y por último fijó su residencia en Verona, en donde vivió bastantes años con salud.

Lo que sin duda contribuiría á esta fábula, y á hacerla respetar por los ignorantes, es que casi todos los borricos tienen una especie de cruz negra

por la parte superior en el encuentro de los brazos; no sabiendo nosotros determinar con exactitud si la costumbre de llamar generalmente á dicho sitio *la cruz del animal*, así como se dice á otros parajes la culata, los corvejones etc., traerá su origen de la cruz del burro de Verona, ó de la que simplemente presenta la piel del cuadrúpedo de que hablamos: cruz, que segun se dice, le fué concedida en memoria del pollino de Bethphajé que sirvió al hijo de la Virgen Maria; pero Plinio el naturalista, que casi fué contemporáneo del mismo, y que reunió cuidadosa y diligentemente cuanto atañe á la jumental especie; no habla de ninguna variacion sobrevénida en la distribucion del color y piel del borrico. Por lo tanto, nuestros lectores deberán creer, bajo la palabra del caballero Plinio, que los asnos estan vestidos en el día como lo estaban en aquel en que Dios se dignó echarlos á este mundo para rebuznar y sufrir los palos de arrieros desesperados.

Probablemente habria en los alrededores de Verona algun garañon desechado en quien el vulgacho notaria una cruz mas pronunciada que en los demas; no faltaria alguna de esas almas puras é inocentes que inventan fraudes piadosos, como los llaman los ascéticos, la cual diria con acento místico que en la tal alimaña habia cabalgado Jesus el domingo de las palmas, y caten VV. aqui un borrico celeberrimo, que muere no sabemos si oliendo á santidad, pero si se dice que le hicieron unos magníficos funerales. No falta vieja veronesa que cuente que obró tambien sus milagrillos.

Establecióse desde luego una funcion eclesiástica en Verona, llamada *del Asno*; pasó de allí á otros paises, y no fué Francia la última que adoptó tan brillante y solemne festividad. Varias eran las ceremonias que se practicaban en ella, pero entre otras se presentaba el manso y pacífico animal vestido con una capa pluvial y cubierta la cabeza y las orejas con un enorme bonete de cuatro puntas; conducianle los acólitos hasta las gradas del altar, y allí permanecia durante la misa, en la cual se entonaba un himno que principiaba así:

Orientis partibus
Adventavit asinus
Pulcher et fortissimus.

que puesto en español quiere decir;

«De la parte de Oriente
Nos vino un Asno;
¡Ay que lindo y que fuerte!
¡Ay qué milagro!»

Luego que el sacerdote finalizaba la misa, en vez de decir *Ite, missa est*, se aplicaba las manos á las narices, y vuelto al pueblo prorumpia con toda su fuerza en tres vigorosos rebuznos, á los cuales el pueblo respondia en coro con otros mas sonoros y edificantes que los que se habian echado en el resto de la misa, y que cierto ingenio describe en los siguientes versos:

En la tal misa, cuando el cura al *Ite*,
Missa est ya llegaba, al pueblo vuelto
En rebuznos horrendos prorumpia,
Y en horrendos rebuznos luego el pueblo
Contestaba á su vez, la iglesia toda
Con rebuznos atroces aturdiendo.
Allí era el rebuznar!.. allí el ver era

En mugeres, en niños, mozos, viejos,
La emulacion, el ánsia, la presura
De elevar sus rebuznos hasta el cielo,
Imitando á los asnos con jactancia,
Y á su cura tomando por modelo,
Que el rebuzno tres veces repeta
Del modo mas solemne y circunspecto (1).

Despues de concluida la misa, una jóven con un niño en brazos representando la huida de la Virgen á Egipto, iba montada en el pollino, acompañada de una gran procesion y de su correspondiente campañeo.

Y no se crea que esta funcion era una fiestecilla así de poco mas ó menos; era una funcion de rumbo, una funcion en la que tomaba parte la nobleza, una funcion solemnisima, que así como en el himeneo de nuestros reyes se echa mano de los recursos brillantes de la tauromaquia, porque segun se vé no hay aclamaciones mas enérgicas, significativas y regocijadores que las del toril en eso que llaman funciones reales, así en casos semejantes se apelaba en el siglo XIII á los rebuznos del presbiterio y de la muchedumbre, como lo vamos á ver en una solemnidad de aquel tiempo.

Refiere la historia, y se encuentra en las crónicas francesas, de las cuales somos fieles narradores, que Maria, hermana del duque de Bravante, y segunda muger de Felipe III, llamado *el Atrevido*, era tan notable por su hermosura como por su esclarecido talento. Criada y educada en una corte en donde tanto se honraban á las letras y á las ciencias de aquella época, su afición á la literatura no la abandonó al acercarse á un trono, y aun hay quien asegure que ayudó con sus consejos al poeta Adenez Leroi, quien le fué deudor en gran parte de su merecida reputacion.

Le aconteció á Maria lo que ordinariamente sucede á las personas que se dedican á las letras: acostumbrada á vivir con la imaginacion en medio de las generaciones que finaron, y á tratar con los sabios de los antiguos tiempos, ignoraba los usos y costumbres de las naciones contemporáneas, y los hombres y las cosas pasaban para ella completamente desapercibidos. Por esta causa se sorprendió mucho cuando algunos dias despues de su casamiento, le efreció su esposo obsequiarla con una funcion brillante, *la funcion del burro*.

Creyendo Maria que acaso se chanceaba Felipe, llamó reservadamente á Adenez Leroi, y le dijo:

—Como extranjera en Francia, siento hoy sobre todo, haberme entregado con preferencia al estudio de la historia de los pueblos de la antigüedad, y no á la de una nacion en donde me han traído á vivir los secretos destinos de la Providencia. Sé que muchos pueblos han erigido altares á ciertos animales: que por ejemplo, los egipcios adoraban al Ibis, porque los libertaba de las serpientes peligrosas; y que en la antigua Roma se llevaban todos los años varios ánsares en triunfo, en celebridad y conmemoracion de que el graznido de estas aves patrióticas habian despertado una noche á Marco Manlio, varon consular, y á los defensores del Capitolio en el momento del mayor peligro, y preservado el nombre romano de una total

ruina. ¿Habrá tenido algun burro tambien el talento de salvar el honor de la Francia?

Adenez, que tenia demasiado buen sentido para conocer todo lo ridiculo de la funcion que el Rey habia prometido á su consorte, la contestó:

—Señora, bien puede vuestra Majestad ignorar sin sentimiento ni rubor una supersticion que es el ludibrio de la religion mas santa, nuestro oprobio y el de nuestros abuelos, y que manifestará á las generaciones venideras el celo estraviado de esos hombres que se interponen entre nosotros y la divinidad. ¡Insensatos! ¡pretenden honrarla con funciones y ceremonias tan indignas y acaso mas insultantes y bárbaras que las del paganismo! En la funcion del burro, cada antifona ú oracion se termina con la ruidosa imitacion de un rebuzno; pero hay tambien otra funcion todavia mas escandalosa, cual es la de los locos. Sin meterme á culpar la intencion del que preside en ella, puedo decir que esta funcion presenta el espectáculo repugnante de una verdadera saturnal. Los ministros inferiores de la iglesia, el sochantre y los coros se permiten bailes y canciones lascivas hasta en el mismo santuario, y gesticulan y remedan de un modo cínico y asqueroso las ceremonias mas augustas en el mismo altar.

Maria se sonrió de lástima al pensar que la religion de un pueblo ingenioso y noble como la Francia, estuviese infestada de estravagancias tan monstruosas. Entré tanto la corte se trasladó á la iglesia de una aldea que se hallaba situada cerca de una quinta perteneciente á Pedro de la Broche, chambellan de Felipe, y algunos años despues favorito de la Reina. Las campanas anuncian con su vuelo la santa ceremonia, y acuden los aldeanos de los contornos, los cuales contemplan admirados el brillante séquito del jóven Rey, hijo de Luis IX, y sobrino del tirano de Sicilia, Carlos de Anjou: la iglesia toda se cuaja de espectadores: sale el preste y sus ayudantes de la sacristia, y tras ellos un burro revestido, como hemos dicho antes, con su capa y su bonete colosal. La música entona el Kirie: llega el caso del primer rebuzno, y el pueblo, por respeto á los cortesanos se mantiene callado, sin responder ni tomar parte como de costumbre en aquella borrical armonia. Era cosa verdaderamente curiosa y risible oír á todo un Rey Felipe *el Atrevido* y á sus brillantes oficiales repetir sonora y cadenciosamente con las manos en las narices.

¡Ji-jan! ¡Ji-jan! ¡Ji-jan!

¡Ji-jan! ¡Ji-jan! ¡Ji-jan!

y ver las espantosas contorsiones con que acompañaban tan horrorosa sintonia. Los aldeanos estaban embobados; los curiosos escuchaban con atencion, y los zumbones cuchicheaban por lo bajo diciendo:

—El conde de Br... hace el burro tan propia y naturalmente que no hay mas que pedir; ese papel es muy de su cuerda.

—Es cierto, añadió otro, ¿pero dónde me dejan VV. al magnifico señor duque de M...? ¿hay burro que pueda competir con su Excelencia en brio, aliento y sonoridad?

—No hay duda, respondia un tercero, son rebuznos que valen cada uno el condado de Poitiers; pero creo muy bien que si todos los jumentos de la Francia oyesen al esclarecido señor Pierre de la Broche,

(1) Apologia de los Asnos.

crecían que era hermano suyo, y se irían tras él.

Todos estaban acordes en decir que Felipe le andaba muy cerca en la habilidad; siendo además bastante fácil confundir al supersticioso é idiota hijo de San Luis con el animal cuyas orejas largas y bellotas fueron endosadas al rey Midas por deliberación de Apolo.

La joven Reina se guardó muy bien de mezclar su voz de ángel en aquel concierto infernal; pero no pudo contener la risa cuando oyó estallar cerca de sí los rebuznos de los bajos adulares de Felipe; re-

flexionando al mismo tiempo de cuanto son capaces los cortesanos para conservar los favores de su augusto amo.

No es la Francia de ahora la del año 1275; la Europa toda ha abandonado multitud de las farsas ridículas de otros tiempos, pero si en esa Francia, hoy tan ilustrada, quedan todavía bastantes prácticas supersticiosas, mezcladas con las verdades respetables de la religión, no quedan menos entre nosotros los españoles.

MARTINEZ DEL ROMERO.

VIAJES.

Del Pireo á Constantinopla por Sira, Smirna y los Dardanelos.

Para ir al *Pireo* se necesitan cerca de cinco cuartos de hora al paso habitual de los omnibus ó cabriolés que á todas horas salen de Atenas con dirección á aquel punto, cuya situación entre el promontorio de *Munychia* y la pendiente de *Aigaleos* es muy ventajosa. Vénse aun varios restos de los antiguos muros; pero ningun vestigio queda de la tumba de *Themístocles*, que según la tradición fué enterrado allí. Estan en pié todavía las dos pilastras que servían de pedestales á los leones que trasladó *Marosini* al arsenal de Venecia en 1686.

En el fondo del puerto se levanta la ciudad nueva con sus calles regulares y varios edificios públicos de notable belleza, entre los cuales merece especial mención la escuela militar. A la derecha y á la entrada del puerto está el promontorio de *Munychia*, en donde se ven algunos escombros de los muros de la ciudad antigua. Entre esta pequeña península y el acrópolis de *Phalezo* está el puertecillo de *Munychia* con los restos de un teatro y un templo dórico, cuyas columnas estan esparcidas en las cercanías.

Algo mas lejos está el puerto de *Phalezo* colmado por las arenas casi en totalidad como el anterior. Este era el puerto mas antiguo de Atenas. Su forma es circular y su profundidad casi nula. Todavía se conservan al pié algunas paredes de su fortaleza. Los dos puertos de que vamos hablando formaban con el del *Pireo* los tres famosos puertos de Atenas; pero han venido tan á menos, que el del *Pireo* que en los días antiguos podia contener mas de 400 galeras, puede apenas hoy recibir dos ó tres fragatas. En la actualidad se llama *Porto Leone*.

Entre la ciudadela de *Phalezo* y el *Pireo* se ven los restos del teatro de esta última ciudad, y existen aun varios fragmentos y torres de los muros que unían á los tres puertos con Atenas. Los de la parte del Oeste estan casi paralelos al camino que se ha construido recientemente hasta Atenas. En el *Pireo* se despidieron Bruto y Casio, el uno para Siria y el otro para Macedonia, con el objeto de prepararse para la lucha que meditaban contra los triunviros.

La travesía del *Pireo* á *Syra* (*Scyros*) se hace en diez ó doce horas en los buques de vapor austriacos

ó franceses que salen dos ó mas veces por semana del primero de aquellos puertos.

La antigua *Scyros*, situada cerca de *Delos*, está casi en el centro del Archipiélago, y no tiene sino cinco leguas de longitud. Allí fué, según Homero, en donde se educó Aquiles, y se casó con Deidonia, hija de Lycómedes, rey de la isla. El país estaba bajo la especial protección de Apolo, y aun existe poco mas ó menos como la describe Homero la antigua fuente en donde tenían sus conciliábulos las ninfas de la isla. Algunos viajeros mas afortunados que yo me han asegurado que hoy día sigue siendo un lugar de paseos y citas misteriosas; pero yo no vi mas cuando á verla fui, que sus limpidas aguas que se deslizaban al través de las rocas para ir á llevar sus cristales y frescura á la ciudad situada á muy corta distancia.

Syra es una de las ciudades septentrionales, y es la mas importante del Archipiélago. Contiene una población de 14,000 almas, y todas las potencias europeas tienen allí consules. Sus bazares ostentan todos los productos de las fábricas extranjeras, y en su puerto ondean los pabellones mercantiles de todas las naciones.

La capital de la isla, edificada por los venecianos, se levanta en forma de anfiteatro sobre una roca escarpada, mientras que la ciudad nueva ocupa el mismo sitio de la antigua *Hermópolis*, cuyo nombre tiene. Su puerto tiene la forma de un semicírculo, y es muy seguro y de buen anclaje. Como la situación de *Syra* es tan ventajosa, no solo ha llegado á ser el centro del comercio griego, sino la confluencia de las grandes líneas de vapores ingleses, franceses y austriacos de Egipto y Turquía, lo cual hace prosperar no poco á sus habitantes.

Las calles de la ciudad, aunque irregulares y tortuosas en su mayor parte, presentan un aspecto de bienestar y aun de opulencia; rarísimo en las poblaciones de la Grecia. Estan enlosadas con grandes piedras de formas y tamaños muy diversos, cuya circunstancia hace peligroso el tránsito de las escarpadas para los forasteros no acostumbrados á aquel piso. La parte de la ciudad edificada en las montañas está habitada esclusivamente por los católicos

romanos; en la baja, mas considerable, habitan indiferentemente unos y otros. Hay varios hoteles regulares, y algunos cafés, detestables en general.

En *Syra* como en Atenas se encuentra en las calles una multitud de mendigos y varios mozuelos que persiguen tenazmente al viajero, proponiéndole en mal francés ó italiano si quiere ir á divertirse un poco á espensas de su bolsillo y salud. Todo su saber en las lenguas arriba citadas se limita á la siguiente grotesca fórmula de imitacion, *Monsignor, voulez vous des Madames?* que emplean invariablemente aquellos desvergonzados Mercurios.

La travesía de *Syra* á *Smyrna* se hace en diez y seis ó diez y ocho horas.

Smyrna, la reina de las ciudades de la *Anatolia*, llamada por los antiguos la corona de la *Jonia* y ornamento del Asia, ha sido diez veces destruida y otras tantas reedificada con nuevo esplendor. Pero su mayor gloria es sin duda alguna el contar entre sus hijos al inmortal Homero. Situada en el fondo del golfo de su nombre que tiene unas doce leguas de profundidad y de dos á cinco de anchura se levanta como un vastísimo anfiteatro en la falda del monte *Pagus*, en donde se ha descubierto el sitio del



Vista de Smyrna.

famoso templo de Esculapio, y poco distante del lugar en que fué martirizado san Policarpo. Al modo de la mayor parte de las ciudades de Turquía presenta desde lejos un punto de vista magnífico; pero su interior no corresponde á la magnificencia que prometen las hileras de hermosos edificios que se extienden por espacio de cerca de una legua á lo largo del golfo, pues la ciudad es de forma elíptica. El barrio de los Francos es el mas hermoso de la ciudad: los demas se componen en general de calles estrechas y sucias, y la mayor parte de las casas son de madera y de un solo piso. Sin embargo, los almacenes que dan al puerto estan todos blanqueados á la usanza turca. Las casas de los cristianos se distinguen de las de los turcos en ser de piedra y estar casi todas encerradas en un patio, en medio del cual hay una fuente. El barrio de los trancos y griegos se extiende á lo largo de la marina y contiene un gran número de almacenes, tiendas y cafés. Los armenios ocupan

un barrio mas elevado, y el de los turcos comprende toda la parte superior y al lado occidental de la colina. Los judios estan confinados en dos callejuelas largas y estrechas, situadas entre los barrios de los turcos y de los armenios.

El total de la poblacion se calcula en 150,000 habitantes, en esta forma: 80,000 turcos, 40,000 griegos, 15,000 judios, 10,000 armenios y 5,000 Francos. Cada nacion tiene su cónsul.

Entre los edificios mas notables de *Smyrna* deben mencionarse dos *coravauserais* adornados de bellísimas cúpulas. Desde el acrópolis se goza de una vista muy estensa al Este, sobre una campiña regada por el riachuelo *Hermes*; y al Sur sobre otra que riegan las aguas del *Meles*, de que Homero hace mencion.

Todas las mezquitas de *Smyrna* estan abiertas para los *ghiaúrs* (cristianos) con condicion de que se descalcen, ó bien que se calcen sobre las botas ó zapatos unas chinelas nuevas, y además que observen

durante toda la visita la mayor gravedad y compostura. El domingo es el día de reunion de los cristianos, los cuales pueblan aquel día los numerosos cafés que hay en las orillas del *Meles*. La belleza y variedad de los trajes de tantas naciones unidas por los vínculos de la misma creencia, ofrecería al viajero pintor asuntos para veinte cuadros admirables.

Durante la estacion de los frutos reina en Smyrna una extraordinaria actividad. Véanse llegar incesantemente partidas de cincuenta y hasta cien camellos de las regiones interiores del Asia Menor, cargados de varios productos del país que llenan los depositos de los mercaderes que se dedican al comercio de exportacion.

Entre las ciudades principales del Imperio Otomano, ocupa Smyrna el primer lugar por la emulacion que se observa entre sus habitantes, que se apresuran á tomar parte en los progresos de la civilizacion de los otros países. El espíritu de asociacion ha prevalecido allí á pesar de las dificultades al parecer insuperables de su situacion particular. Esta impulsión ha sido seguida por los griegos, resultando de ello un cierto número de instituciones favorables al desarrollo de la industria, y una especie de movimiento general que han valido á Smyrna el título de Paris del Levante. Si la prosperidad del comercio hubiese secundado estas disposiciones, sin duda alguna hubiera dado un paso mas rápido la civilizacion de aquella interesante parte del Asia Menor; pero sin embargo, el estado actual de los negocios mercantiles no ha sofocado del todo el celo de algunos hombres generosos.

Las cercanías de Smyrna son muy agradables. Se pueden hacer escursiones á las aldeas de *Burnabat*, *Rugea* y *Sedicini*, en donde estan las casas de campo de los cónsules y comerciantes ricos de todas las naciones. A caballo, y al través de una fértil campiña sembrada de molinos de viento, puede el viajero visitar la llanura de *Habjilar*, los baños de *Diuna* y de *Agamemnon*. Los restos de la antigua ciudad consisten en los muros de la fortaleza, situada sobre la cima del monte *Pagus*; en algunos escombros del templo de Júpiter, en donde segun la tradicion recibió san Policarpo la palma del martirio; varios restos de teatros, y un gran número de columnas, bustos, cornisas y entablamentos mutilados que se encuentran en todas las alturas de las cercanías.

Desde Smyrna puede el viajero ir á caballo ó en camello á visitar el sitio de la antigua Troya y las alturas clásicas del monte Ida, situadas á pocas jornadas, aunque es mas cómodo ir por mar hasta *Channak-Kalesi*, en donde se encuentran siempre caballos y guías á precios muy cómodos para aquella escursion.

Antes de dejar á Smyrna debo mencionar una particularidad interesante para los viajeros españoles que me fué revelada del modo siguiente: el primer día de mi llegada á aquella ciudad andaba yo en compañía de ocho ó diez viajeros franceses, italianos é ingleses en busca de un guía que nos condujese en nuestras escursiones. Despues de mucho vagar inútilmente encontramos por fin un judío que entendia un poco el francés, el cual se encargó de guiarnos por el módico precio de 20 piastras (poco menos

de un duro). Habiamos dado muy pocos pasos cuando se acercó á nuestro *Cicerone* otro individuo de su nacion, y le preguntó en mal castellano donde iba. Contestóle aquel, y oyendo el segundo el precio que habia puesto á sus servicios, le dijo que nos engañaba, puesto que cualquiera otro lo habria hecho por la mitad. Alarmado el primero le dijo que se agregase á nosotros y que luego partirian; y ajustado el trato, guiando ellos, empezamos á recorrer conforme se iban presentando á nuestro paso bazares, mezquitas y caravauserais. Algunos habiamos ya recorrido cuando empezaron á quejarse mis compañeros porque la sed les aquejaba. A todos habia yo dicho en voz baja la picardia de los judios, y todos estaban preparados al desenlace de aquella aventura. Acercándome, pues, al primer guía, le dije en muy bien acentuado castellano y acompañado el romance con una razonable cantidad de nuestras mas enérgicas que escogidas interjecciones:

—Oye pícaro, dónde habrá un café en que podamos refrescar?

Júzguese cuál seria el pasmo del acuitado hijo de Israel! Miróme de hito en hito con asombro, y luego dió salida á estas balbucientes razones:

—Ah! Osted ser hombres españoles: Yo tambien; llamo Mendez; Compatriotas: hermanos; españoles. ¡Qué placer!

—Ya comprenderás, hermanos españoles, que yo no me dejo robar, y en castigo de tu alevosia no te pagaré, y si chillas te pegaré! Escoge!

—Oh! yo no querer nada. Hermanos Benjamin tampoco. ¿Es verdad?

—Si, contestó el otro.

Despues del café, nos guiaron á todo lo mas notable de la ciudad, y aun nos hicieron penetrar en el interior de algunas casas de judios opulentos. Era de ver el cariño y solicitud con que nos iban esplicando todo lo que preguntábamos; y no se crea que fuese efecto del miedo que podiamos haberles infundido, no; era verdadera alegría de encontrarse con un individuo que les hablaba la lengua de sus padres, conservada entre ellos ni mas ni menos que como una tradicion religiosa. La gran mayoría de los judios residentes en los puntos mercantiles del Levante son descendientes de aquellos opulentos mercaderes que el fanatismo religioso y la ignorancia arrojaron para mal de España de una tierra que era su patria, y á la que su partida privó de uno de los elementos de prosperidad mas desarrollados en aquellos tiempos.

Todo este episodio lo he citado como una particularidad preciosa para nosotros, pues un español puede viajar por todo el Oriente sin servirse de otra lengua que la de la patria, y acogido además por los judios como un hermano. Yo les debí en mas de un punto desinteresadísimo obsequios, y lo consigno aqui como un justo desagravio de las exageradas imputaciones de que han sido victimas en todo tiempo. En cuanto á nuestros guías, recibieron en lugar de sus veinte piastras, cerca de doscientas, pues cada uno de nosotros les dió un napoleon de plata.

De Smyrna á los *Dardánelos* se emplean diez y ocho ó veinte horas en una travesia regular. Este estrecho famoso (el antiguo *Helesponto*) separa la Europa del Asia y reúne el *Archipiélago* á la *Propóntide* ó mar de *Mármara*, y de alli por el *Bósforo* al mar

Negro. Tiene cerca de once leguas de latitud y cinco millas y media de ancho en su embocadura. La violencia de la corriente que toma su direccion de Norte á Sur del estrecho para arrojar al Archipiélago, embaraza la marcha de los buques tanto de vela como de vapor, y aun mas cuando el viento es contrario, lo cual acaece á menudo sobre todo á la altura de la playa mas cercana al sitio donde fué Troya. Algo mas lejos se vé el castillo de los Dardanelos, que podria impedir el paso del estrecho á una escuadra entera que quisiese penetrar en el mar de *Mármara*. Al llegar á este mar se encuentra la embocadura del *Gránico* tan famoso por la batalla que en sus orillas dió Alejandro cuando iba á conquistar la Persia y la India.

La pequeña ciudad de *Channak-Kalesi* está situada en el punto propiamente llamado los *Dardanelos*. Es una ciudad miserable que tendrá hasta dos mil habitantes. Los castillos de *Channak-Kalesi* ó *Sultania-Kalesi* en la costa de Asia, y *Chelit-Bawri* ó *Ke-lid-Bahar* en la de Europa, son llamados por los turcos *Bogaz-Hisarleri*, y por los Francos, castillos de *Anatolia* y de *Romelia*. Se ha dicho que estos casti-

llos ocupaban los sitios de *Sestos* y *Abydos*; pero no es cierto. Al N. E. de *Channak-Kalesi* forma el *Helesponto* una larga bahía de tres ó cuatro millas, terminada en una lengua de tierra llamada *Nagaza-Burún*; aquel es el lugar en donde se alzaba *Abydos*. En frente, en la costa de *Tracia* está el lugar en donde debian apoyarse los puentes que hizo construir Jerges para el paso de su ejército, tanto mas cuanto que el *Helesponto* parece mucho mas estrecho en aquel lugar, memorable tambien por el paso del ejército de Alejandro; y por haber sido el primero en donde apareció la media luna sobre la tierra de Europa, bajo el imperio de *Soleiman*, hijo de *Orchian*, en 1560. Desde este lugar salia el nadador *Leandro* para ir á ver á su amada Hero. El inmortal *Byron* lo atravesó por apuesta en una hora y diez minutos.

De los Dardanelos á Constantinopla hay una travesía de catorce ó diez y seis horas con tiempo regular.

En el próximo artículo hablaremos ya de aquella celebrada capital.

(Continuará.)

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO

NOVELAS.

UNA MUJER MISTERIOSA.

CAPITULO VII.

La espía del Gobierno.

—Es imposible! exclamó el conde despues de una breve pausa. Es imposible que esa muger tan bella, tan distinguida, tan llena de talento, haya descendido á tal grado de infamia y de abyeccion!

—Pues no lo dudes, dijo D. Homobono; acabo de adquirir la mas completa certidumbre de cuanto os he dicho.

—Y cómo? preguntó Ricardo con visible disgusto.

—En primer lugar, anoche me lo aseguró la duquesa de Selva-Verde...

—Ah! La duquesa? interrumpió Alberto, para quien fué un rayo de luz este nombre.

—Sí, parece que el embajador francés se lo ha revelado todo en secreto.

—Secreto que ella guarda muy bien; observó el conde levantando los hombros con desprecio.

—No tiene nada de particular que me lo confie á mí, porque soy persona de su intimidad; repuso el gordo con su ordinaria petulancia.

—Y qué mas?...

—La supuesta princesa rusa ha servido con inteligencia y con celo á todos los gobiernos que se han sucedido en España durante nuestra revolucion, asi en París como en Londres; y ahora viene á Madrid llama-

da por el gabinete actual, para manejar una importante intriga diplomática.

—Siempre segun las noticias de la Duquesa?... dijo el conde con ironía.

—Es claro! Como que está perfectamente informada!

—¿Y no sabes, exclamó Alberto, que todo eso tiene trazas de ser una torpe calumnia de Carolina, por motivos que acaso no se me ocultan?...

—Calumnia! repitió Monte-Florido sonriéndose. Veo, amigo mio, que lo tomas con demasiado calor; yo por mi parte creo que el relato de la duquesa tiene muchos visos de verdad.

—De verdad? prorumpió Santa Fé colérico. No, no, y mil veces no! ¿Queréis saber el origen de lo que insisto en calificar de torpe é inicua calumnia? Pues bien; son los celos; el amor propio ofendido.

Al oír esto, volvió á aparecer en los labios de Ricardo una sonrisa burlona, que no pasó desapercibida para el conde, y que aumentó gradualmente su irritacion!

—Siempre presuntuoso!... dijo D. Homobono.

—Siempre estúpido! repuso con acritud Alberto.

Redondo abrió los ojos cuanto pudo; abrió la boca al mismo tiempo.... y se calló.

Ninguno de los dos ignorais, prosigió el conde, que la duquesa me muestra bastante afición: en el baile de la embajada tuve la debilidad de prodigarla algunas galanterías, que sin duda interpretó mal; lo cierto es que se puso seria conmigo desde que me vió bailar con la desconocida; y habiéndome encontrado despues á la salida, me dijo con un acento y un tono muy significativos:

—Conde, desde hoy le declaro á V. la guerra, puesto que no aprecia ni estima las ventajas de la paz.

—Aunque tuvieras razón, querido, añadió Monte-Florido, aunque realmente Carolina haya propalado tales voces por un espíritu ruin de venganza, debes examinar los fundamentos de tan grave acusación.—Si puede descubrir á todos su nombre esa señora, ¿por qué lo oculta? ¿por qué se rodea de impenetrable misterio? ¿Cómo se explican por otra parte su fausto, su opulencia? Oigamos, oigamos á Homobono, que quizás por la primera vez en su vida nos trae noticias importantes.

Este elogio animó mucho al pobre gordo, que se habia acobardado infinito desde el bufido que le diera Alberto.

—Si me dejaseis hablar... murmuró.

—Habla! habla! dijo imperiosamente Santa Fé.

—Contestadme: ¿no habeis obtenido hoy los dos alguna gracia, alguna distinción?

—En efecto, replicó Ricardo; nos han nombrado gentiles-hombres de cámara.

—Pues bien, añadió Redondo triunfante; á la tal dama se lo debeis!

El baron y el conde lanzaron una exclamación de asombro.

—Cómo lo sabes? dijeron á un tiempo.

—La duquesa de Selva-Verde..

Pero Alberto no le dejó proseguir.

—Ah! otra nueva calumnia! prorumpió ya furioso.

Monte-Florido sin hablar palabra, cogió el oficio que antes habia arrojado lejos de sí, y lo hizo pedazos friamente.

—Luego crees?... le preguntó el conde sin poder dominarse.

—Todo, repuso Ricardo; y me parece una imbecilidad dudarle, pues si recuerdas cierta conversación que ella sorprendió antes de anoche... Sí, esa muger es una espía y una intrigante!

Cubrióse el rostro de Alberto de livida palidez, y apretó convulsivamente los puños.

El baron fingiendo no advertir el efecto causado por sus últimas frases, añadió dirigiéndose á Redondo:

—Qué fué lo que oyó la duquesa?

—Se hallaba casualmente al lado del ministro que habia vuelto á dar el brazo á la desconocida; y sin querer, pudo enterarse perfectamente de su plática.—Es menester que V. lo haga, decia la rusa; tengo un vivo interés en ello.

—Sin embargo... opuso S. E.

—Son dos personas de categoría; pertenecen á familias ilustres; llevan títulos esclarecidos...

—Digame V. sus nombres; interrumpió el ministro, vencido sin duda por estas razones.

—El conde de Santa Fé y el baron de Monte-Florido.

—Ah! En ese caso, asegúreles V. que pueden contar con ello; prescindiendo de las prendas estimables que los distinguen, yo no sabré nunca negar nada á su amable protectora.

Era imposible resistir á la evidencia, á la verosimilitud cuando menos de esta narración; Alberto lo conoció así; pero exaltada su ira hasta un grado infinito, necesitaba desahogarse en alguno.

—Mentis la duquesa y tú! exclamó.—Los dos habeis fraguado ese cuento!

Redondo sufrió con la humildad de un santo tal ultraje, y se contentó con decir pacíficamente:

—Que mentimos? Y entonces, ¿por dónde podíamos saber que iban á nombrarte gentil-hombre?

Esta respuesta, por lo mismo que era lógica, irritó mas á Santa Fé.

—Buena excusa! repuso; podias saberlo de cualquier modo! Sí, lo repito; mientes tú, y todos cuantos sostengan lo mismo.

La sonrisa que aun entreabria los labios de Monte-Florido, se trocó al oír esto en una expresión amenazadora.

—Mide bien tus palabras, Alberto; dijo.

—Hola! Te picas? exclamó impetuosamente el conde. En ese caso quiere decir que mi calificación te comprende también á ti.

Ricardo se puso trémulo de furor, y dando dos ó tres pasos hacia su amigo, replicó con voz terrible:

—Necesito una explicación pronta de lo que acabais de pronunciar.

—Y si me niego á dártela? preguntó el conde con una risa insultante.

—Te la pediré de otro modo y en otro sitio.

D. Homobono se habia quedado mudo de terror.

—Cuando V. guste y como quiera; dijo Santa Fé inclinándose.

—A V. le toca determinar eso; respondió Ricardo, cuya ira crecía, á medida que la del conde se disipaba.—Nombre V. persona que se entienda con el señor, á quien doy facultades amplias para este asunto; añadió señalando á Redondo.

—Antes de la noche, repuso Alberto, saludándole con la mas exquisita política, puede quedar arreglado todo.

Y tomando su sombrero, y lanzando al gordo una mirada despreciativa que le hizo temblar, salió del aposento tarareando un aria.

Mientras tanto la duda y la sospecha martirizaban horriblemente su corazón; porque el conde amaba ya locamente á la desconocida: una voz secreta le animaba y le sostenía, diciéndole que al obrar así cumplía solo con un deber.

CAPITULO VIII.

Donde se verá como la comedia pudo acabar en tragedia.

Gracias á la imprudente charlatanería de D. Homobono, aquella misma noche se contó en los teatros, en las tertulias, en los cafés, que á la mañana siguiente debían batirse á pistola el conde y el baron.

—Dos íntimos amigos! exclamaban todos.

—Y por qué? añadian inmediatamente.

En cuanto á este punto, nadie estaba de acuerdo, y cada cual pretendía saber el verdadero motivo, sin que ninguno lo supiese efectivamente. Circulaban las especies mas absurdas y mas ridiculas, las invenciones mas torpes é inverosímiles; se hablaba de una muger comprometida; de deudas de juego; de rivalidades políticas; de todo en fin, menos de la realidad. Lo único seguro era que el desafío habia de verificarse cerca de la venta del Espiritu Santo; que Redondo seria padrino de Monte-Florido, y el duque de L... de Santa Fé.

A las seis de la mañana del otro dia salian por la puerta de Alcalá dos elegantes carruajes, el uno detrás del otro; el primero lo ocupaban Alberto, el duque y un cirujano; el segundo Ricardo, que cantaba á voces, con singular afectacion; Redondo, que temblaba cual si él fuese á batirse; y un practicante de farmacia provisto del competente botiquin.—Mientras su adversario mostraba la mas estrepitosa alegría, el conde se entretenia en dulce y tranquila plática con su testigo, tratando de los asuntos mas graves y árduos con una lucidez de ideas y una exactitud de juicio admirables en el que se hallaba quizás muy cercano de la muerte. Si por casualidad aludia al objeto de aquella expedicion matutina, hacíalo sonriendo, aunque sin desconocer sus probables consecuencias.—De este modo llegaron todos al sitio señalado; saltaron ligeramente de los coches, y saludándose con ceremonia, comenzaron á verificar las formalidades acostumbradas en tales casos.

Casi al mismo tiempo salia un tercer carruaje por la propia puerta, y con idéntica direccion, aunque no se veia quien iba dentro de él, porque las persianas estaban herméticamente cerradas; alguna vez las bajaba una linda y sedosa mano, pero volvía á subirlas en seguida rápidamente, despues de haber aseado detrás de ellas el perfil de un rostro hermoso, que revelaba la mas viva inquietud.—A pesar de que las yeguas corrían á escape, sin duda aun le parecia poco á la persona que ocupaba la carretela, porque con frecuencia solía oírse una voz femenina que exclamaba:

—De prisa, por Dios, de prisa!

Entonces el cochero azotaba sin compasion á los soberbios brutos, que emprendían una carrera aun mas rápida.

Por fin avistaron la anhelada venta; por fin consiguieron dejarla atrás, y por último se hallaron en el árido espacio, que ha sido, es, y será teatro de tantas y tan sangrientas escenas; pero en el punto mismo de detenerse el coche, oyóse la cercana explosion de dos armas de fuego, y acompañáronla dos gritos agudos, convulsivos, que salieron del carruaje. Bajóse el lacayo prontamente, abrió con el sombrero en la mano la portezuela, y precipitóse fuera de él una muger bella y elegante, que se lanzó hácia el sitio donde habian sonado los tiros, haciendo antes un ademán espresivo á los criados para que socorriesen á otra señora que la acompañaba, y que estaba sin sentido.

No tardó la desconocida en divisar á los que probablemente buscaba; pero en vez de un espectáculo de horror y de sangre, vió otro por demás sorprendente, escuchando en vez de gemidos, alegres y sonoras

risotadas.—Espliquemos el origen de tan estraña hilaridad.

Es de advertir que Ricardo, aunque hábil tirador de florete, no habia cogido en su vida una pistola en la mano; con el amable aturdimiento de su carácter no se curó de ensayarse siquiera en la punteria cuando supo el arma elegida para el combate, y fué á él con una intrepidez igual por lo menos á su ignorancia.

Estaba decidido que los dos adversarios, marchando el uno contra el otro, dispararian á distancia de veinte pasos: verificóse así á una palmada de los padrinos; la bala del conde rozó ligeramente una oreja del baron; y la de este atravesó de parte á parte el sombrero del pobre D. Homobono, que se hallaba bastante retirado. Con la cobarde predisposicion de su espiritu, el gordo se creyó muerto al sentir el plomo que silvaba sobre su cabeza; y exhalando un alharido terrible, dejó caer en tierra su pesada humanidad. Acercáronse todos asustados á él, y buscaron afanosos la herida; pero en balde; no habia nada, absolutamente nada; las abundantes carnes de Redondo no presentaban ni la menor magulladura.—Entonces al temor sucedió la risa; y olvidando que asistían á un duelo, todos lanzaron repetidas carcajadas.

Quando el buen hidalgo se convenció, despues de un prolijo exámen, de que su cuerpo no habia padecido lesion alguna; y cuando cada cual hubo desahogado suficientemente su repentino buen humor, volvió á pensarse en el desafío: D. Homobono quiso cortarlo; el duque fué del mismo dictámen; mas el conde declaró enérgicamente que no incurria en la ridiculéz de regresar los dos á Madrid como habian salido, sanos y salvos.—Cargáronse de nuevo las pistolas; midióse otra vez la distancia; y los padrinos iban á hacer la seña para disparar, cuando una muger se interpuso entre los combatientes.—Al verla, entramos bajaron las armas, y dieron un grito de sorpresa.

—V. aquí señora? exclamó Alberto conmovido.

—Qué quiere V., princesa?... añadió Ricardo irónicamente, marcando en especial esta última palabra.

Clotilde, que habia tenido tiempo de serenarse, y que se tranquilizó de todo punto al ver que llegaba á tiempo para impedir un duelo de que ella era la causa, respondió con dulzura, y sonriéndose:

—Hace V. bien en darme ese título, amigo mio, porque precisamente es el que llevo.

—De veras? repuso el baron en un tono casi insultante.

—V. juzgará; añadió la desconocida, inclinándose hácia el oído de Monte-Florido, y pronunciando una brevisima frase.—El efecto que produjo fué instantáneo; Ricardo arrojó lejos de sí la pistola, y estrechó á Clotilde sobre su corazon.

Los que presenciaban aquella escena inesperada, se quedaron mudos, atónitos, inmóviles.

—No me explicará V., señora?... preguntó al cabo Alberto con tanta amargura como despecho.

—Todo, todo, señor conde; dijo la princesa espresivamente.

Y repitió lo mismo que antes habia hecho con

el baron, lo cual obtuvo tambien el mismo resultado, porque Santa-Fé soltó la pistola, y si no se precipitó á sus brazos, se dejó caer á los pies de la misteriosa beldad.

—Por si aun les queda á VV. alguna duda, añadió, dirigiéndose á los dos amigos que volvian á serlo y que se daban cariñosamente la mano, aqui tienes tu retrato, Ricardo mio: aqui tiene V. este ramillete, señor conde.

Hablando así, entregó á Monte-Florido el medallon con la imágen de un niño que llevaba en el baile de

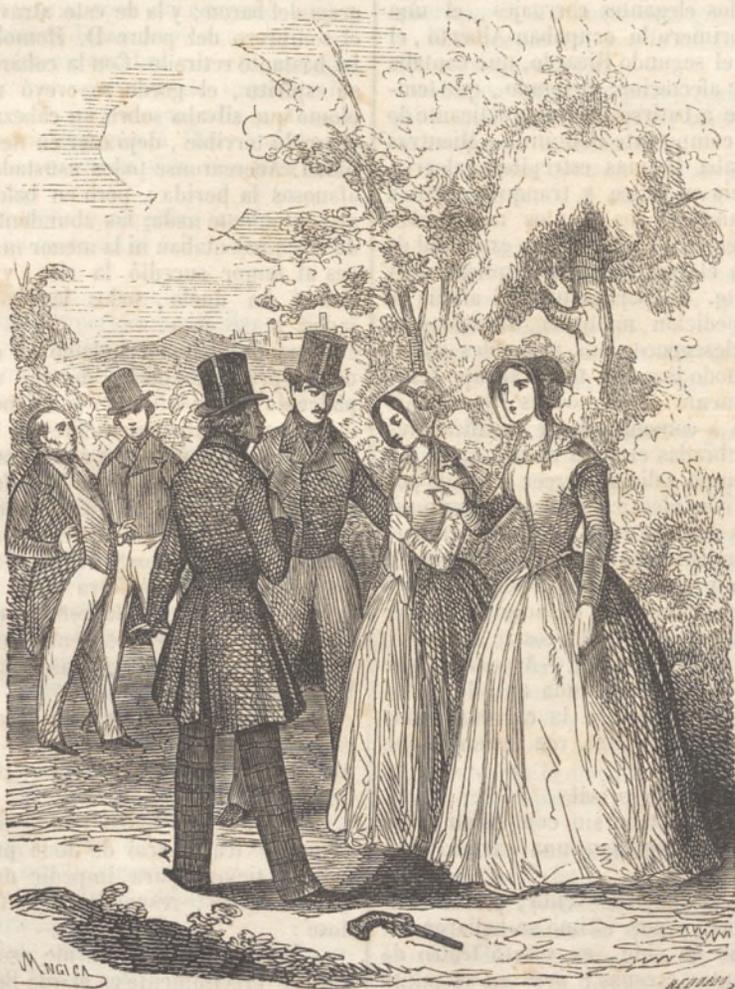
la embajada francesa; y á Alberto las simbólicas flores que ostentaba siempre en sus manos.

El duque y D. Homobono no acertaban á descifrar aquel complicado enigma; pero Ricardo quiso facilitarles su solucion.

—Señores, dijo gravemente, presento á VV. mi hermana Clotilde, princesa de Braccio-Forte; y á la cual no habia visto desde la niñez.

—Princesa viuda, replicó ella mirando al conde, porque hace un año que lo soy.

Adclantóse entonces Alberto hácia Clotilde; tomó



la misma mano que acababa de soltar Monte-Florido, y dijo á su vez á los dos únicos testigos de aquella escena:

—Y yo, señores, presento á VV. tambien á mi esposa, la señora condesa de Santa Fé.

—A no ser, repuso en voz baja, que quiera V. ahora desmentirme...

La princesa se contentó con enjugar una lágrima, de gozo sin duda, que rodaba por sus mejillas.

—Puesto que aqui todos hacen sus presentaciones, exclamó al cabo de un momento, á mi me toca igualmente mi vez.

Y corriendo hácia una bella jóven que asomaba su rubia cabeza por entre los árboles inmediatos, añadió presentándola al baron:

—Hermano, esta es nuestra prima Luisa, mi compañera de infancia, y á la que has dado hoy un susto mortal.

La pobre niña se sonrojó, clavando la vista en el suelo para evitar las ardorosas miradas de Ricardo.

—Señores, dijo este al duque y á D. Homobono, que hacian el tristísimo papel de espectadores; saluden VV. á la futura baronesa de Monte-Florido.

Luisa levantó la cabeza, y envió á su primo una inefable sonrisa y una mirada inefable.

CAPITULO IX.

Finis coronat opus.

—Ingrata! decía Ricardo á su hermana la noche de aquel mismo día, arrellanado junto á ella en un cómodo sillón. No escribirme siquiera que habias enviudado! Guardar tanto tiempo el incógnito conmigo!

—Todo lo merecias; replicó Clotilde echando uno de sus brazos sobre el cuello del baron; y yo quise castigarte de tu desvío, de tu indiferencia!...

—Indiferencia! repuso Monte-Florido en tono sentimental. Indiferencia! Ah! Si hubieses podido leer en mi corazón!

—Pero y ¿yo que no habia cometido falta ninguna, exclamó el conde, yo que no merecia castigo, ¿por qué hacerme partícipe de la misma pena que al culpable Ricardo!

—Es tan dulce averiguar una misteriosamente si las personas que prefiere son dignas del aprecio que se les dispensa! Es tan dulce descubrir el amor que inspira otra muger, que es una misma!

—Y sin embargo, ¿por qué no quiso V. mostrarme el rostro la noche en que tuve la fortuna de protegerla?

—Por qué? repuso Clotilde ruborizándose: porque yo le conocía á V. ya, y deseaba ante todo obtener su estimación. ¿Qué hubiera V. pensado de la inconsolable viuda que á los dos meses de serlo, corría á un baile de máscaras, á embromar, á bailar y á divertirse?

—Hubiera pensado que no amaba á su marido!

—Ay! exclamó la princesa suspirando. Fué un yugo

que me impusieron; fué un matrimonio de conveniencia y no de inclinación: yo miré siempre á mi esposo con el respeto que inspira un padre, con el que debía á su avanzada edad!

Y luego, cambiando de tono, y empleando una de esas dulces inflexiones de voz, cuyo poder conocen tan bien las mugeres, añadió;

—Sí: yo nunca habia amado hasta ahora!

El conde estrechó con delirio entre las suyas la mano que Clotilde le tendía.

Un mes despues trocaba la princesa de Braccio-Forte este título por el de condesa de Santa Fé, al mismo tiempo que la pura é inocente Luisa tomaba el de baronesa de Monte-Florido.

Los periódicos se ocuparon mucho del *doble enlace*; porque ¿de qué no se ocupan ahora los periódicos? y narraron en breves palabras esta historia novelesca, cuyos sucesos escribimos nosotros mas detalladamente.

En cuanto á D. Homobono, el lance en que por carambola habia corrido tan grave riesgo su vida, inmensas pérdidas al juego, y recientes desgracias amorosas, acabaron por disgustarle de la vida cortesana. Ausentóse, pues, de Madrid el pobre gordo, no sin haber satisfecho antes la parte de su apuesta al conde; y marchóse á Galicia, á entregarse esclusivamente á uno de sus mayores placeres; la gastronomía, que no tardó en sazonar el matrimonio. Para que hubiese exacta igualdad, Redondo buscó una muger que le era muy semejante por sus riquezas, por su talento, y por su peso; y dicen que los dos amables cónyuges arrastran esa existencia feliz y tranquila que es casi siempre en el mundo patrimonio de los tontos.

FIN.

RAMON DE NAVARRETE.

EL AMOR DE UNA MUGER.

CUENTO.

(CONCLUSION.)

III.

Y diciendo esto tomó de la mesa un abultado volumen manuscrito de letra incorrecta y borrosa, y abriéndole á la ventura comenzó á leer, desplegando á la vista de su amigo uno de los infinitos cuadros sublimes y nunca imaginados, en que abundaba aquella obra inmortal.

Los primeros rayos de la mañana penetraban por las ventanas de la estancia, sin que ninguno de los dos personajes que la ocupaban advirtiera el tiempo que habia pasado: tanto era el placer que ambos habian experimentado, escuchando el uno aquellos interesantes trozos, y gozando el otro al observar la espresion que se pintaba sucesivamente en los ojos del que atendía. Por fin el primero cerró su libro y le colocó so-

bre la mesa; el otro se levantó de su asiento y estrechando á su amigo contra su corazón exclamó conmovido:

—Alza la cabeza con orgullo, porque eso que me has leído durará tanto como el mundo.

IV.

Una de las prerogativas de los historiógrafos, es poder disponer á su capricho de la atención de los lectores, llamándola sucesivamente segun y donde les place. En uso de esta facultad, elegiremos para teatro del último capítulo de nuestra crónica, un gabinete adornado con un lujo y un gusto deslumbrador;

las paredes están tapizadas de seda azul celeste, sembrada de estrellas de plata bordadas, ricas cortinas de aquel color recamadas también de plata adornan los huecos de las puertas y el ingreso á un dormitorio indicado por dos esbeltas columnas de jaspe con el zócalo y la cornisa de bronce dorado; preciosas pinturas de los mejores artistas decoran el techo y magníficas alfombras contribuyen á dar cierto aspecto severo y majestuoso á aquella habitación: los muebles y demás adornos corresponden y hacen juego con los colores que campean en ella. Omitiríamos de buena gana tan menudas y atildadas descripciones, porque se nos antoja que estas menudencias le parecen impertinentes las mas veces al lector, impacientándole y distrayéndole de cosas que mas le interesan, ó fatigándole y alargándose imprudentemente el relato de los sucesos si le cansan y se halla ansioso de verle concluido; pero por otra parte, preciso es emplear algunas líneas en estos pormenores, que aunque puedan ser considerados como de escrupulosa y molesta puntualidad histórica son indispensables en esta clase de escritos.

Era pues una triste y desapacible tarde del otoño de 1605, poníase el sol despues de un dia entoldado y frio y algunos rayos de pálida luz iban á estrellarse en las ventanas del aposento que dejamos descrito, las cuales estaban entornadas de modo que dificilmente podria el lector distinguir la fisonomía de tres personas que conversaban *solto voce* en un ángulo de él. Valdrá mas que digamos desde luego que una de ellas era Lainez, un médico la otra y la tercera un hombre de gentil talle y noble apostura.

—¿Con que creéis doctor que la recaída de mi hermana ofrece cuidado? decia este en tono misterioso.

—No es ya tiempo de ocultároslo, contestó el interrogado con el mismo acento; esa melancolia que hace mucho tiempo se ha apoderado de ella y que he observado escrupulosamente, ha ido en aumento; los efectos de una intensa pasion de ánimo siempre producen terribles consecuencias que la ciencia no puede remediar, especialmente si, como sucede en este caso, la enfermedad proviene de una *pena* aguda interior y oculta.

—Volveis á vuestro tema. ¿No os he dicho que mi hermana no tiene secretos para mi y que no puede existir el menor motivo que la cause disgustos?

—Será lo que queráis, pero no lo dudeis, su mal no se halla alimentado por otras causas que las que os he dicho, contestó el médico levantándose para salir.

—¿Y no dejais nada dispuesto?

—Por ahora nada puede hacerse: dentro de poco volveré y veremos como está; diciendo esto hizo un saludo respetuoso y salió de la estancia.

Quedáronse silenciosos y meditabundos largo rato los dos personajes que permanecian en el gabinete; por fin, el que habia hablado con el médico, dirigió la palabra á su compañero en voz mas alta que antes diciéndole:

—¿Hace tiempo que no habeis visto á nuestro amigo Miguel?

—No, ayer paseamos juntos.

—Parece que le protege al fin la suerte.

—Ciertamente, la obra maestra, fruto de su talento y de sus constantes tareas, ha visto ya la luz pública, y esto era lo que mas ambicionaba.

—Muchos creo que han sido los obstáculos que ha tenido que vencer.

—Muchos han sido en efecto; los envidiosos no han perdonado medio alguno para oponerle obstáculos, y especialmente una muger fatal, á vos bien puedo confiaroslo, una muger fatal cuya pasion no ha correspondido, y que desde que se ofendió su amor propio ha malogrado secretamente todas las esperanzas de Miguel, le ha malquistado con sus protectores, y no contenta con haber buscado quien le asesinara una noche, lo que hubiera sucedido á no haber hecho la casualidad que yo me encontrara allí para defenderle, sabiendo que tenia concluida esa produccion que habeis leído y que ha de eternizar su nombre, dirigió sus intrigas á que Miguel no encontrara mecenas, y consiguió que el Duque de Bejar se negara á que se la dedicara, únicamente por influencias suyas, segun despues se ha sabido de una manera indudable.

Al llegar aquí moviéronse las cortinas del dormitorio en que descansaba la enferma y se oyó un gemido penetrante que hizo levantar maquinalmente á los dos interlocutores y dirigirse á aquel paraje.

—¿Querias algo? preguntó el hermano de aquella.

—Acercaos acá, respondió con débil voz ¿de que hablabais?

—De nuestro amigo Miguel.

—¿Y qué deciais, Lainez?

—Decia, continuó este, que el duque de Bejar se ha negado á aceptar la dedicatoria de una obra admirable que ha escrito.

—¿Pero se ha publicado al fin? exclamó la enferma estremeciéndose de una manera estraña.

—Sí, respondió Lainez.

—Contadnos como ha sido eso.

—Pues como os decia, despues de tantos engaños, despues de tantas esperanzas burladas, tuvo también el disgusto de sufrir otro desprecio de un hombre que hace buen acogimiento y honra á toda suerte de libros, y que dispensa favor á los hombres de letras. Segun me contaron, por de pronto se abatió Miguel al ver la negativa á la carta que habia escrito solicitando aquel honor. ¡Es posible! exclamó lleno de indignacion; ¡todos me rechazan! ¡todos me abandonan! Recobró luego una chispa de su energia, y tomando con ímpetu el manuscrito le apretó entre sus manos con un movimiento convulsivo, hubo un instante de lucha entre el cariño á su produccion y la idea de inutilizarla haciéndola pedazos entre sus crispados dedos.... despues hojeó y leyó salteadas algunas páginas... la calma y la satisfaccion volvieron á pintarse en su semblante... Aderezóse lo mejor que pudo, y tomando su obra enderezó sus pasos á casa del duque, preguntó por él y no estaba á la sazón.

—Mi suerte va á decidirse, dijo, aguardemos su fallo, y se sentó.

No tardó en llegar el duque, que al ver á nuestro poeta le tendió la mano, y notando que la de este estaba helada y convulsa, dirigió sus miradas

al semblante cuya expresion de inquietud y ansiedad espantaba.

—¿Qué teneis? le preguntó el duque.

—Señor, dispensadme lo que voy á proponeros, pues de ello va á resultar mi felicidad ó mi ruina.

—Explicaos.

—Me habeis negado el honor que me hubiera resultado de dedicaros mi pobre obra; quiero pues y espero de vuestras prendas generosas, que oigais de ella aunque no sea mas que un capitulo.

—¿Y por qué no? dijo el duque.

—Luego conduciendo al poeta á un aposento en que se hallaban algunos amigos de aquel, y ofreciéndole una silla añadió:

—Podeis empezar.

—Escuchad pues, dijo nuestro amigo.

Y leyó con pausa y acento conmovido algunas páginas. A medida que iba adelantando en la lectura, sus ojos se encendian, sus miradas pasaban del libro al rostro del duque que escuchaba embelesado. El autor lo observó, y aprovechando aquel momento favorable, siguió leyendo con calma, desechando la timidez que le daba su posicion, y fué tal la complacencia y diversion que causó al auditorio, que no paró hasta concluir la obra, colmándola de elogios; y aun entonces que el duque depuso su repugnancia, se intentó por medio de un religioso que gobierna la casa de aquel personaje, reprenderle agriamente por el agasajo y estimacion con que trataba á Miguel; pero la magia de su pluma triunfó en fin y la obra se ha publicado bajo los auspicios del duque.

—¡Ah! repuso la enferma, incorporándose tanto como lo permitia su debilidad, lo que acabais de decir está intimamente enlazado con los sucesos de mi vida, es un secreto que no ha salido hasta ahora de mi pecho, y que tengo necesidad de confiaros ya que siento próximo mi fin; no sé si me hallaré con valor para contároslo todo, porque se presenta confuso é incierto á mi memoria como el recuerdo de un sueño.

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de aquella muger que estaba interesante, á pesar del estrago que habian hecho en ella los sufrimientos. Era una de esas bellezas que tienen el privilegio de conservar su hermosura sino padecen algun contratiempo inesperado y violento, una de esas flores que tardan en marchitarse y que no languidecen prematuramente como no quebrante su tallo la fuerza de los huracanes. Pero poco tiempo de luchas interiores habia sido suficiente para que su rostro se adelgazara de una manera notable; pálidos y azulados rellejos echaban un velo siniestro sobre el blanco mate de su cutis, tan sonrosado y brillante antes; los rizos de su blonda cabellera, que poco há caian en desórden, sedosos y brillantes á los lados de su frente, habian desaparecido, y su pequeña boca... flor marchita... se asemejaba á esos botones cortados del tallo por la mano destructora de algun niño, que se pierden entre las hojas muertas de los árboles, cuyo triste color toman. Dificil sería en fin pintar el reflejo dudoso y melancólico que bañaba sus ojos inciertos y apenas entreabiertos.

—La simple vista de ese hombre, continuó la en-

ferma, despertó en mí una pasion que debia durar tanto como mi vida; yo le espí en sus viajes, fui su sombra, adquirí noticias constantes de sus expediciones, le hice llamar secretamente á esta casa, le declaré mi amor, pero él me desengañó de que no debia contar con que fuera correspondido, si bien podia desde luego disponer de una amistad sincera y de un agradecimiento sin limites; yo rechazé este ofrecimiento, y dando solo libre curso á los impulsos de mi orgullo resentido, me tracé un plan de venganzas que he seguido, valiéndome de espías y de agentes secretos con la misma constancia que si el objeto de ellas hubiera llegado á ser para mí una persona aborrecida, cuando jamás he dejado de amarle ardentemente.... Bien adivináis mi situacion, no valen las palabras ni las lágrimas para expresar estas cosas, el corazón solo las siente y las comprende.... son penosos recuerdos.... imágenes confusas que apenas acierta á reproducir la imaginacion!.

Pero á la vez que me entregaba á estas venganzas que no reconocian otro origen que la exageracion de mi cariño y me desengañaban de la inutilidad de todos los esfuerzos que hiciera para conseguir su amor, que era una necesidad de mi existencia, obrábase una revolucion en mis ideas, reconocia mis errores, la injusticia de mis persecuciones y la necesidad de repararlas, una melancolia estremada se apoderaba de mí y debia librarme de la vida á la par que de los tormentos de una loca pasion sin esperanza que no me era dado sofocar. Era una dulce y pausada agonía que ha durado algunos meses!...

—¡Leonor mia! exclamó el mas jóven de los que presenciaban la escena tratando de consolarla y de dar otro giro á sus ideas.

—No te molestes, interrumpió la enferma, conozco bien mi situacion. Acabais de llenar mi alma de una dicha inefable contándome la buena suerte del hombre á quien amo.... Me pesa la cabeza y se me cierran los párpados.... Dejadme dormir.

Diciendo esto se reclinó en la almohada y cerró los ojos. El hermano estampó sus labios en la mano que ella dejaba negligentemente sobre la cama y corrió las cortinas, retirándose con su amigo á otra habitacion.

Hermanos únicos Laura y D. Pedro de Haro, y descendientes ambos de una familia distinguida y opulenta, unianlos á mas de los vínculos de la naturaleza los del cariño nacido del trato íntimo, que es mas profundo y verdadero que otro alguno. Así es que vivian bajo un mismo techo desde que despues de quedar viuda Doña Laura se habia fijado en Madrid y cansado D. Pedro del servicio militar habia pedido su retiro. Fácil es suponer la pena intensa que afligiria á este al aprender el secreto que su hermana acaba de revelar y conocer el estado peligroso en que se hallaba, pues aunque habia visto prolongarse los padecimientos de la enferma, nunca la habia considerado de una gravedad tal que amenazar pudieran seriamente su existencia, ni habia sospechado que tuvieran por origen pesares ocultos.

Los dos amigos discurrieron largamente en la pieza inmediata acerca de las medidas que convendria adoptar, para agotar todos los recursos de

que pudiera echarse mano á fin de salvar á Laura.

Un golpe sordo como el que hace un cuerpo al caer desplomado al suelo, vino á interrumpir sus cálculos; precipitáronse hácia el gabinete que conoce el lector, y á la escasa claridad del crepúsculo de la tarde pudieron distinguir en el pavimento un bulto blanco, en el que no tardaron en reconocer á Laura desmayada; frente á ella, en un pequeño hueco que habia en la pared, y que se ocultaba con la tapiceria, se distinguía un retrato que á favor de la luz artificial se vió reproducir las facciones del poeta amado de la enferma. Esta le tenia allí oculto para contemplarle á solas. A la sazón habia querido ver de nuevo aquel rostro adorado, pero las fuerzas

le faltaron antes de que pudiera descubrirle del todo.

—¡Imprudente! exclamó el hermano.

—¡Perdon! murmuró ella cuando se hubo repuesto de su desmayo. ¡Perdon, Pedro! era mi solo bien y no queria que nadie le viese; ponédmele aquí y dejad que le contemple... me queda tan poco tiempo de vida... Estoy muy débil, tengo necesidad de aire, no puedo respirar.

El médico entró, y despues de examinarla, movió tristemente la cabeza dirigiéndose á Lainez y al hermano de Laura.

—Estais bien, la dijo á esta.

—No os esforceis en ocultarme mi estado, repuso



la enferma, antes de amanecer ya habré vuelto al seno de mi madre. Hace tiempo que estoy acostumbrada á mirar cada aurora como la última de mi vida y estos días cada hoja que se desprendia de los árboles, me parecia una de mis postreras horas que volaba hácia la eternidad.

—¡Qué locura! interrumpió el doctor; aunque hoy os sintais mal no por eso debeis ser aprensiva ni creer que os hallais en peligro. Despues al retirarse dijo á los dos amigos: no sale de esta noche, disponed lo nece-

rio para que se prepare. La desesperacion de D. Pedro al escuchar este pronóstico funesto no es fácil de describir.

—Mi buen Pedro, dame un abrazo porque creo voy á abandonarte pronto.

—¡Hermana mia! exclamó este estrechándola en sus brazos, y las lágrimas próximas á correr se contuvieron como por magia en sus párpados.

El rostro de la moribunda se coloreó de una lividez espantosa.

—Ahora, amigo Lainez, le dijo, prometeme cumplir lo que os pida.

—Lo prometo, dijo este, ¿qué quereis?

—Ya sabeis la historia de mi pasion desgraciada, continuó con voz desfallecida; antes de la hora suprema en que voy á comparecer delante de Dios quisiera tener el consuelo de ver al hombre á quien he perseguido tan cruelmente, para conseguir su perdon.... pero ya que esto no pueda ser, encargaos vos de alcanzarle, decidle mi arrepentimiento y el culto de que ha sido objeto, de modo que hasta en mis postreros momentos soy culpable, pues pienso en él, en vez de pensar solo en Dios. Conozco su corazon generoso y sé que me perdonará.

—Estad segura de ello.

—Decidle que dejo mis bienes para objetos piadosos en espacion de mis estravios y que voy á rogar á Dios que perdone los escesos á que me entregué, como estoy segura de que los perdonará él. Decidle que siempre he tenido el presentimiento de que su genio grande y creador brillaria al fin á pesar de la indiferencia con que es mirado y de las injurias que le prodigan.

Lainez escuchaba con supersticioso respeto y fé la profecia de la moribunda relativa á su amigo y poco menos afligido y conternado que D. Pedro no se apartaba un instante de los dos hermanos; este habia caido en un abatimiento lúgubre y sombrío, era en fin un espectáculo patético y tiernisimo ver aquellas tres personas que formaban un grupo lleno de interés.

—¡Leonor! exclamó su hermano, ¿es posible que no has de olvidar á ese hombre que te ha despreciado y dado pruebas evidentes de aversion?

A esta acusacion la moribunda se incorporó sobre su lecho, como la estátua de marmol de algun santo profanado en su tumba.

—¡Calumnia! exclamó, ¡mientes! ¡mientes!.... no es que me despreciara, no es que me rechazara. El no

podia amarme porque pertenece esclusivamente á la gloria. No es un hombre vulgar como los demas; sus contemporáneos son incapaces de conocer toda la elevacion y sublimidad de su ingenio, todo el mérito del tesoro que deja al mundo como el último esfuerzo del saber humano, como una inspiracion perfecta y divina; la eternidad le llamará á si antes de que los hombres se postren ante la supremacia de su genio. Podrá vivir ignorado tu mérito, añadió la enferma dirigiéndose al retrato, pero la posteridad será justa y no habrá hombre que no haya oido pronunciar tu glorioso nombre con respeto, y tu obra pasará admirada por los siglos hasta el fin del mundo.

Este esfuerzo, esta exaltacion, habian agotado las fuerzas de la enferma, asi es que se postró sobre su lecho sin movimiento, sin color y sin voz, su ojos se hundian por instantes, su mirada no era mas que una estrella próxima á palidecer, estrella que brillaba con opaca luz en el fondo de las órbitas amaratadas y profundas; la espresion de su rostro la daba la apariencia fatal de un espectro, sus labios murmuraron todavia estas palabras.

—Voy á esperarle al cielo..... allí aguardaré á que llegue para estar á su lado.... Dios me lo ha prometido... él nos reunirá.....

Largo tiempo tuvo fija la vista en el retrato, luego pidió por señas que se le acercaran. La felicidad brilló en sus ojos..... hizo un esfuerzo sobrehumano para estampar un beso sobre la frente de la imágen de su amante....pero la muerte no la dejó ni aun este consuelo..... el angel de su guarda la tocó con su ala... y el beso subió al cielo con su alma.

Los que presenciaban esta triste escena, advirtieron que sus labios pronunciaron confusamente repetidas veces, el nombre de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

EL CABALLERO SIN NOMBRE.

CAPITULO VI.

De como á los ojos de Ataulfo tornóse bermeja el agua verde del foso.

Salgamos nosotros del subterráneo.

Despues de dejar Ataulfo encerrado al hijo de su hermano, es decir, al hijo del legitimo dueño y señor de todo cuanto poseia, inclusa la muger á quien llamaba esposa, detúvose un rato en aquellos tenebrosos ánditos antes de llegar á los aposentos donde confusos y arremolinados le aguardaban sus guerreros.

Esta detencion era indispensable. Hallábase en una de aquellas horas supremas en las cuales es preciso tomar una resolucion que decide de la suerte de toda la vida.

Dejaba ya perfectamente aseguradas á las dos únicas personas que podian disputarle su título, su muger y sus riquezas; y asi como el anciano habia

permanecido oculto tantos años sin que nadie sospechara su existencia, asi podia permanecer el manco, causa de sus recientes apuros y conflictos. Pero ¿qué habia de responder al monarca de Leon que venia con ánimo de asaltar el castillo á viva fuerza, si es que de grado no se le rendia? ¿Qué cuenta habia de darle del caballero con quien habia mandado su mensaje?

No tenia mas remedio que resistir el asedio valerosamente; y como estaba para este trance apercebido, la resistencia podia ser larga y en este tiempo los moros distraerian quizá la atencion de los sitiadores con alguna correría; ó lo que era mas temible, los cristianos habrian de revelársele: y por último lisonjeábase Ataulfo de que si no vencedor

podía al menos salir honrado en una capitulación.

Por magníficos y bien dispuestos que fuesen estos planes de resistencia, un solo pergamino los echaba á todos abajo. Media hora antes contaba de seguro con el valor y la decision de todos cuantos se albergaban en el castillo: en aquel momento no se atrevía á contar con nadie: la diferencia estaba en una excomunion demás que tenía sobre su alma.

Era preciso, como vulgarmente se dice, *hacer de la necesidad virtud*; mostrarse con el monarca tan adicto y generoso, como resignado y humilde con el Pontífice.

Pero ¿qué había de decir al primero cuando le preguntase por el Caballero sin nombre? ¿Cómo había de justificar su desaparicion? Detúvose algun rato buscando una solucion medianamente satisfactoria á tan difíciles cuestiones, cuando de repente se le ocurrió una idea tan infernal como todas las suyas, pero de un éxito seguro.

Sabía muy bien que su muger tenía la dicha de haber inspirado á D. Alfonso uno de esos reales caprichos que en el carácter del monarca no era temible que llegasen á ser verdaderos: sabía tambien que el desconocido manebro había visto á la condesa antes de aquel día; nada tan fácil de consiguiente como el que de ella se hubiese prendado: nada tan fácil como el que su esposa aborreciese á un marido de la estofa del conde; y nada tan fácil, nada tan natural por último como el que un amante, mozo, valiente y apasionado intente sacar del odioso cautiverio de su marido á la dama de sus pensamientos, y que esta no se haga mucho de rogar para romper sus prisiones. Supondrá pues que los pájaros han echado á volar fuera del nido, y para que nadie pueda desmentirlo, ni turbarles en su venturoso retiro, el conde de Moscoso pensaba poner á entrambos á muy buen recaudo.

Este proyecto tenía de bueno que la mitad de él ya estaba ejecutado. Vamos á ver como se compuso para llevar á cabo la otra mitad.

Salió resuelto y animoso de aquellos lugares profundos y sombríos: se apareció en medio de su gente, que ya lo estaba esperando sobradamente inquieta y murmuradora de su tardanza.

Cabizbajo y con rostro compungido manifestóles en medio de un general asombro, la necesidad en que estaba de apartarse de su querida esposa Doña Elvira de Monforte, y salir de aquel estado de pecado mortal en que él, ignorante de las leyes de la iglesia vivía: y añadió que siendo ya reconocido Don Alfonso por Rey y sucesor de su hermano D. García en todo Galicia, la resistencia era inútil, y la sumision por todo derecho debida y ordenada.

Sin detenerse á saber el efecto que causaba un lenguaje tan extraño en su boca, descendió en seguida á las puertas del castillo, mandó echar el puente levadizo, y que desde aquel punto estuviesen para todos francas la entrada y la salida, sin que nadie se curase de los que subian ó bajaban, ora llevasen la faz descubierta, ora la visera del yelmo calada.

Se enderezó hácia donde los acompañantes del mensajero real, temerosos y sobresaltados se halla-

ban, mas dispuestos á enristrar lanzas que á escuchar razones, y pensando menos que medianamente de la demora de su compañero.

Ataulfo, sin embargo de la mala disposicion de su ánimo, los tranquilizó diciéndoles de buenas á primeras que fuesen á notificar á su Rey, que tanto él, el conde de Moscoso y Altamira, como todos los caballeros que en el castillo se albergaban, y los pecheros que lo guarnecian, le reconocian por Rey y señor natural y dueño absoluto de sus vidas y haciendas, rindiéndole desde aquel punto pleito homenaje, y obligándose á mandarle párias en señal de feudo y vasallaje: en fe de todo lo cual, con mucho encarecimiento le rogaba viniese á tomar posesion de su castillo, con toda cuanta gente de armas quisiese, si es que juzgaba digna de honra tan singular aquella pobre morada.

Y antes que los caballeros tuviesen tiempo de preguntar por el del mensaje, salió Ataulfo al encuentro de su pensamiento, añadiendo á sus astutas y disimuladas razones que dijese al monarca que el Caballero llamado *sin nombre* se había quedado haciendo mesura y cortesía á la condesa Doña Elvira, á quien había conocido algunos años antes en su villa de Monforte, y á quien se mostró entonces harto aficionado; y que él por su parte, no pudiendo considerarla como legitima esposa, despues del despacho del Padre Santo de Roma, sino como persona libre y dueña de su mano, intercedía con el Rey para que viniese á premiar la fe y la constancia de aquel mozo galan y enamorado.

Como supondrán nuestros lectores, tenían estas palabras la doble y pia intencion de deslumbrar á los acompañantes acerca de la permanencia de Rodrigo en el alcázar, y de preparar el ánimo del Rey para la desaparicion de los supuestos amantes, y amohinarle quizá con ciertos celillos, de manera que tal vez fuese esto parte para que el Rey se contentase con la sumision de Ataulfo sin entrar al castillo á ser testigo de unos amoríos, que por poco que le incomodasen habían de darle cierta dentera.

Con tales nuevas volvieron riendas caballeros y escuderos, sin que los muchos ofrecimientos y agasajos del conde para que entrasen en el castillo fuesen poderosos á detenerlos; pues antes bien querian que los caballos tuviesen alas en vez de pesados arreos de acero y de malla, para llegar antes con antes á la tienda del monarca y ganar las albricias de su buen despacho.

Hechas tan á su sabor todas estas diligencias, determinó de poner por obra su diabólico pensamiento.

Pasó á la cámara donde Elvira estaba encerrada. Era este aposento seguro y apartado; pero no tanto como el conde había menester para su sosiego.

—Ola! dijo Ataulfo al ver que su esposa tenía en las manos un viejo pergamino: estais leyendo todavia los disparates de aquella bruja condenada, que está danzando con el diablo hace tres años?

—Estoy leyendo, respondió Elvira, las revelaciones que hizo vuestra primera muger á la hora de su muerte, y que por mi desgracia han venido tan tarde á mis manos.

—Maldita muger, que con sus impertinentes re-

mordimientos me ha puesto a dos dedos de mi perdición. Pero aun estamos á tiempo. El Rey de Leon y de Castilla llegará muy presto á nuestra presencia: trae un breve de su Santidad por el cual se disuelve y anula nuestro matrimonio.

Aquí prorumpió el conde en una espantosa carcajada.

—Nuestro matrimonio! prosiguió. Trabajo inútil, como vos sabeis, porque viviendo, como vive aun, vuestro primer esposo, nuestro matrimonio ha sido una farsa muy divertida que me ha proporcionado el vivir algunos años con aquella muger que tanto quise en mi mocedad, y vengarme del hombre que me robó su corazón enamorado.

—Abreviad vuestras razones que me son insoporables, caballero, repuso Elvira con dignidad y desprecio.

—Para nadie como para mí son tan preciosos estos momentos, replicó el conde. Abreviemos pues. El Rey viene dispuesto á desposarse con vos. Abajo en los subterráneos os aguarda vuestro primero y legitimo esposo; si quereis quedaros aquí y me entregais ese pergamino, y me dais vuestra palabra de honor de guardar perpetuo silencio acerca de todo cuanto sabeis, Reina sereis de Castilla, y una vez sentada en el trono á nadie tendrá mas cuenta que á vos el secreto. Si quereis bajar á la prision, hareis eterna compañía á vuestro esposo y á vuestro hijo.

—Mi hijo! mi hijo está tambien en esa horrible caverna? Vamos, señor, vamos allá. No tardemos un solo instante.

—Mirad, señora, repuso el conde, que yo confio en vuestra palabra; mirad que el sacrificio que vais á hacer es inmenso.

—Mayor debia ser para que fuese digna de alcanzar el perdon de mi marido.

—En ese caso bajad: despedios de la luz del sol, del aire, del cielo y de los campos.

La condesa no dirigió á ninguno de estos inapreciables tesoros una sola mirada, porque sus ojos estaban fijos en los pasos de Ataulfo, en pos del cual descendió al subterráneo.

No llevaba el conde esta vez el mismo camino que antes, cuando bajó con el mensajero del monarca; sino que tocando ciertos resortes, iba moviendo peñas enormes que cerraban el paso de una escalera secreta, hasta que sin hacer ruido alguno dejó á su muger encerrada en el ángulo mas oscuro de la cueva, y mas apartado del pilar á donde el anciano Ramiro estaba amarrado.

Desde allí pudo escuchar la condesa la conversacion de su esposo y de su hijo; desde allí vino á interrumpir aquella horrible maldicion que estaba estallando sobre su cabeza.

La venganza de Ataulfo no estaba satisfecha con tantos crímenes, y para quedar impune de todos ellos érale ya forzoso añadir algunos mas al largo catálogo que con tanta diligencia le estaba formando el diablo para reclamar su presa el dia de su muerte.

Hasta entonces habia tenido cierta repugnancia á derramar la sangre de su hermano y de sus próximos deudos, repugnancia que no sabemos si estaba fundada en alguna superstición, ó en algun resto de la primitiva pureza de su ánimo ahora encenagado en el crimen.

Los peligros que le amenazaban los atribuyó en su ceguedad á su falta de valor para haber hecho perecer al hijo de su hermano cuando de niño lo tuvo en su poder, y ahora, fuese cálculo para no ser descubierto, fuese despecho por el conflicto y miserable trance á que se veia reducido, trató de acabar á un tiempo y de una manera pronta y segura con los tres prisioneros.

Quizá se acordarán nuestros lectores de un arroyuelo que atravesaba de parte á parte el subterráneo y que iba á desaguar á la falda de la colina sobre la cual estaba asentado el castillo: cerrando este angosto conducto, claro es que las aguas habian de detenerse en aquel recinto profundo, el cual lentamente debia anegarse hasta las bóvedas; pero si despues de cerrada la salida se abria una compuerta del foso que daba paso á las aguas de él cuando se queria dejarle en seco para limpiarle, la inundacion sería rápida de pocos minutos, y todas cuantas personas hubiese dentro de aquella cueva sin salida, todas debian perecer irremisiblemente ahogadas.

Mandó el conde á sus criados de confianza hacer entrambas operaciones, con el pretexto de llenar de agua los depósitos interiores, por si el monarca de Leon queria llevar adelante el asedio, y era preciso resistirle por largo tiempo, para cuyo caso bueno era vivir seguros de que no habia de faltar el agua á los sitiados aun que cortasen la de fuera.

Con mucho silencio y precaucion llevó los operarios á cerrar sólidamente el conducto por donde el foso se desaguaba. Tardaron bastante en esta operacion; pero al fin se hizo: se obstruyó aquel conducto por donde salian las aguas, y se abrió en seguida la compuerta que impedia su entrada.

La cueva de consiguiente debió quedar dentro de poco convertida en un profundo lago.

.....

Imposible es el describir las angustias, los sudores mortales, las amarguras, los tormentos que agitaban, oprimian, devoraban y desgarraban el corazón de Ataulfo que de pié delante de las almenas del primer cuerpo de la fortaleza que daba sobre el foso, estaba con los ojos fijos contemplando inmóvil la lenta desaparicion de las aguas.

Las aguas por fin permanecieron tan inmóviles como el hombre que las estaba mirando. Pasaron algunos minutos y ni una sola linea habian bajado de su nivel.

El conde conoció entonces que ya no cabia una sola gota mas en el subterráneo, y que todos sus rincones, todos sus intersticios, todo se habia llenado.

Ocurrióle entonces una idea que le horrorizó, haciéndole sufrir tormentos desconocidos, tormentos que no podia imaginar siquiera algunas horas antes.

Parecióle que los tres cadáveres de su hermano, de su esposa y del hijo de estos podian salir flotando por el conducto por donde penetraban las aguas, y que á la llegada del Rey aparecerian en el foso, mudos, pero terribles acusadores de su crimen.

Entonces el agua verdosa del foso tomó á sus ojos el color de sangre: cada rumor que percibia

se le figuraba el estruendo que debía producir la salida de sus tres víctimas, y cada nube oscura que pasaba retratándose en aquel sangriento espejo se le antojaba el bulto de un cadáver livido, sombrío.... Hizo una señal con la mano para que sus criados bajasen la compuerta y tapasen la salida de aquellas glas, y la compuerta descendió.

Si hubiese sido menester dar una sola voz para este mandato, tan solo habria podido lanzar un ahullido que hubiera revelado el estado angustioso de su pecho: si hubiese sido preciso mandar con una mirada ¡ay! quién habria dejado de conocer por ella las agonias de su alma!

Afortunadamente para él la visera de su casco tenia siempre unos mismos perfiles, y se conservaban inalterables lo mismo cuando el rostro del caba-

llero espresaba el dolor como cuando se inundaba de júbilo: lo mismo cuando su corazón estaba sereno, como cuando le conturbaba como ahora una tempestad profunda.

Cuando cayó la compuerta Ataulfo se sonrió fe-
rozmente.

Su crimen no podía ser ya delatado.

Tranquilizado algun tanto con esta idea, cobró ánimo para separarse de la muralla, y no bien hubo dado algunos pasos cuando sintió ruido de trompetería y estrépito de caballos y armaduras hacia el campo de Oriente.

Era el Rey Alfonso que se acercaba á tomar posesion del castillo, y quizá tambien á vengar al *Caballero sin nombre*.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA MENSUAL.

(Desde el 20 de setiembre al 25 de octubre.)

Vivimos en una época en que la política absorbe la atención general; esta consideración, si otras no hubiera, bastaría para que nos resolviéramos á ocuparnos de tan enojosa materia como el único medio tal vez, de llevar insensiblemente á los lectores á otras más agradables para nosotros. La noticia de la variación del gabinete es de algun tiempo á esta parte el principio obligado de nuestras revistas, y á juzgar por lo frecuentes que van haciéndose los cambios de ministerio, y por lo amagados que están todos por crisis no bien se forman, de temer es que llegue día en que la enumeración de los sujetos que durante el mes han ocupado las doradas sillas, no nos deje lugar para hablar de otra cosa. El gabinete saliente, en el tiempo que abraza nuestra crónica, ha sido el de Goyena-Salamanca; el que súbita é inesperadamente le ha reemplazado uno presidido por el general Narvaez. ¿Cuántos días pues estará de servicio el actual, y cuál será el que le suceda? No es fácil presumirlo, si bien ya se han citado los nombres de los sujetos que han de formarle, y se ha hablado de la proximidad del relevo. ¡Dichoso el país en que apenas hay persona que no pueda abrigar esperanzas de ensayar sus teorías y principios de gobierno, si es que una vez subida al poder la dejan tiempo para él! ¡Venturosa edad la nuestra en que los ministros se cambian con la frecuencia que los ciudadanos se mudan de camisa! Pasaron las épocas de ignorancia en que los hombres de estado encanecían en sus puestos, siguiendo, ayudados de la experiencia y del tiempo, un sistema constante de política encaminado á acrecentar la importancia, los intereses y el bienestar del país; hoy se suceden unos á otros rápidamente en el mando, sin que se ocupen más que en destruir completamente y sin examen lo que hicieron los anteriores, y en aumentar el número de cesantes, únicamente para que crezca el de empleados. Las generaciones futuras se asombrarán de que en un tiempo en que los gobernantes varían por semanas, en que tanto

se blasona de pureza, y en que la palabra libertad anda en boca de todos, lleguen al último extremo el desconcierto, la inmoralidad y las arbitrariedades, y su asombro será casi tan grande como lo sería el nuestro si á uno de esos infinitos gabinetes le diera la humorada de ocuparse en mejorar la condición material del pueblo, fomentar el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio y reducir considerablemente el número de las personas que cobran sueldos del estado, facilitando á todas las clases nuevos medios de sostenerse, poniendo fin á la terrible *empleofobia* que nos trae embrollados, y contribuyendo á aumentar las fuentes de la riqueza pública. Pero estas no son más que ilusiones; nuestra política solo puede sugerir tristes pensamientos que demuestran no ha llegado á su término la decadencia y la prostración de un país que fué grande, rico y respetado. A los pocos días de la subida al poder del general Narvaez se publicó la convocatoria de Cortes para el 13 de Noviembre, vino á morar en palacio el Rey consorte y no pasaron muchas horas sin que regresara también la Reina madre. No han ocurrido otras novedades ostensibles de importancia política.

Recorramos ahora con la memoria las funciones que hemos visto en los teatros desde nuestra última Revista. La novedad que descuella sobre todas por su mérito, por el éxito que ha alcanzado y por la nombradía del autor, es el drama del Sr. Rubi, titulado *Borrascas del corazón*, estrenado á beneficio de Doña Matilde Diez. Tarde llegamos para decir nada de nuevo acerca de una producción, cuyo raro mérito han sancionado los unánimes aplausos de un público ilustrado y la opinión de la prensa imparcial: un argumento que no ofrece gran novedad y que bien pudiera calificarse de sobradamente sencillo, constituye la obra, y no obstante la sobriedad de incidentes y complicaciones en el asunto, el desarrollo de las pasiones, la pintura de caracteres, la lucha diestramente dispuesta entre el amor y el

deber, la magia del estilo y mas que todo el poder del sentimiento conmueven y arrebatan. No es la primera vez que se ha sacado partido en el teatro de una pasion desgraciada; pero pocas se ha acertado á interesar profundamente á los espectadores y á hacer brotar lágrimas de sus ojos de la manera que lo ha conseguido el Sr. Rubi, delineando hábilmente el carácter de Doña Blanca, hermosa jóven, de corazon sencillo y alma tierna, pero energética y noble. Los que no conocen el drama del Sr. Rubi no pueden formar una idea del talento con que están dispuestas las escenas que pasan entre la condesa de Santa Marta y el marqués de los Velez ni de la delicadeza de sentimiento y de pasion con que se espresa este y de la lucha de afectos que tan hábilmente está concebida. Ni tenemos espacio, ni sería ya oportuno hacer aquí una relacion del drama, que creemos formará época por ser el primer paso de una reaccion prudente hácia el clasicismo: además nosotros no nos atreveríamos á intentarla, tratándose de una produccion cuyo mérito no puede apreciarse debidamente sin darla á conocer toda entera, ni nos cremos autorizados para rebuscar, entrando en detalles, algun ligero descuido entre infinitas y admirables bellezas. El público conmovido sin poderlo evitar á la conclusion de este magnifico drama, saluda con entusiastas aplausos al autor, á quien nosotros felicitamos tambien, no solo por el éxito de su nuevo trabajo, sino por haberse trazado con él una nueva senda en la que á nuestro entender le aguardan mayores y mas legitimos lauros que en los que han tenido por objeto retratar intrigas palaciegas y ambiciones diplomáticas. Quisiéramos estendernos un tanto hablando de la ejecucion, que bien lo merece, pero la estrechez de espacio lo estorba. Nunca como en este drama hemos visto brillar en tan alto grado las eminentes dotes de la distinguida actriz Doña Matilde Diez, con quien justamente se envanece el teatro español. El carácter de Doña Blanca, que solo puede ser interpretado segun le imaginó el autor por una actriz de corazon y sentimiento, ha recibido mas vida y verdad merced al talento de la señora Diez, que ha alcanzado nuevos y justos triunfos en todas las escenas del drama, y principalmente en las del último acto. Tambien el Sr. Romea se ha escedido asimismo en el desempeño del papel de marqués de los Velez, y hubo momentos en que estuvo verdaderamente inspirado. Los demás actores manifestaron esmero y acierto. El beneficio de la señora Lamadrid (Doña Teodora) se ha compuesto de la comedia de Calderon *Fuego de Dios en el querer bien*, refundida con mucho tino por el Sr. Breton de los Herreros y de una pieza poco notable titulada *Memorias de dos jóvenes casadas*. En la ejecucion de la primera de estas dos producciones se distinguieron la beneficiada y la señora Diez, que tambien en esta ocasion caracterizó con talento su papel y fué justamente aplaudida, así como la señora Palma y los señores Romea, Sobrado y Guzman. El teatro de la Cruz ha presentado desde nuestra última Revista un drama de los señores Larrañaga y Diana, titulado *La cruz de la torre blanca* que tuvo un éxito desgraciado, debido en parte á la ejecucion, y una comedia del Sr. Cazorro, *La voluntad del difunto*, que fué bien recibida, y lo hubiera sido mas á no

adolescer un tanto de languidez, por su demasiada estension, atendida la sencillez del argumento; pero la naturalidad de los caracteres, la exactitud en la pintura de costumbres, la facilidad y fluidez de la versificacion y el fin moral colocan á esta produccion en un lugar distinguido y hacen merecedor al Sr. Cazorro de los aplausos que le tributaron. En punto á ejecucion solo diremos que ha sido esmerada y bastante igual. Las señoras Baus y Jimenez, y los señores Lombardia, Caltañazor y Tamayo desempeñaron bien sus papeles. Todavía han sido mas notables los esfuerzos que han hecho estos actores y el Sr. Lumbreras en el drama titulado *Juana de Arco*, escrito en verso é imitado del de Schiller por D. Manuel Tamayo y Baus, jóven que raya apenas en los diez y ocho años y que ha conseguido interpretar acertadamente y con un tacto exquisito la obra que se propuso por modelo, realizando su trabajo con magnificos trozos de poesia; no impropios del autor que ha imitado. La señora Baus, se distinguió en la ejecucion, especialmente en el cuarto acto, donde estuvo verdaderamente feliz. A la conclusion, el público que habia llamado al autor, presenció una escena tiernísima y original: el Sr. Tamayo y la señora Baus se presentaron conduciendo de la mano á su hijo, al cual prodigó esta última sin poderse contener demostraciones de cariño.

El teatro del Instituto vá consiguiendo el premio que merece por el sistema que se ha propuesto de no presentar mas que comedias andaluzas y *Vaudevilles* de desperdicio; en vano acude al pobre recurso de calificaciones lisonjeras estampadas en sus carteles: el público desengañado vuelve muy sabiamente las espaldas al teatro de la calle de las Urosas. Ultimamente ha llamado graciosísima y lindísima á una comedia titulada *El caballero de Griñon*, que los espectadores y la critica, atreviéndose á discordar de la *respectable opinion* de la empresa del Instituto, han calificado de pésima y absurda. Nosotros en esta ocasion nos ponemos del lado de la mayoría, creyendo inútil aconsejar la ausencia del Instituto, cuando vemos que para el público que le frecuenta, sobran las nueve décimas partes de las localidades. En cuanto á la ejecucion de la comedia citada, solo diremos que correspondió con el mérito del original y el esmero de la traduccion.

Se han estrenado en el teatro de Variedades, *El Favorito y el Rey*, drama original, de escaso valor, la comedia *Mi vida por su dicha*, que apenas es digna de mencion, y otra en un acto, titulada *El Pito del Rey de Prusia*, traducida del francés y en la que el Señor Capo sacó bastante partido de los chistes en que abunda.

En el Circo se ha cantado el himno dedicado á Pio IX, escrito por Rossini; composicion sin novedad ni importancia y que se reduce á un coro de *La Donna di Lago*, al cual se le han añadido algunos compases para formar las cadencias. La empresa del teatro del Circo ha desplegado grande aparato escénico y ha reunido un cuerpo numerosisimo de voces, y de instrumentos, así es que el espectáculo que ofrecia aquella noche este coliseo era digno de llamar la atencion del público. La orquesta acompañó perfectamente, y tocó con maestría la sinfonia de *Guillermo Tell*, y otra

del Señor Arrieta. En el mismo teatro se ha reproducido el *Hernani*, en el que ha hecho su primera salida la condesa Cabagna di Gualdana, *prima donna* que se ha presentado con el seudónimo de *Ida Edelvivir*; su voz de *mezzo soprano* es de buen timbre y calidad, su escuela de canto, buena, pero le falta soltura y aplomo en el teatro, bien que acaso manifieste estas cualidades cuando recobre la confianza de que carecía en su salida. También la ha hecho en la misma ópera el tenor Calzolari. El teatro del Circo vá presentando de algun tiempo á esta parte una colec-

cion numerorisima de artistas, hasta el punto de que no se pone en escena funcion en que generalmente no haya alguna primera salida. Fáltanos hablar del *Fausto*, baile compuesto por el Señor Lefebre, que tiene la circunstancia de reunir á un número excesivo de pantomimas insipidas y á bailables de mal gusto, una música llena de reminiscencias, impropia unas veces y profanada otras, y unas decoraciones que no ofrecen novedad ni atractivo.

El circo de Mr. Paul sigue concurrido como siempre: el *vals*, *galop*, *contradanza* y *polka ecuestre*, de que



El wals ecuestre.

damos un trasunto, ha llamado justamente la atención, así como varios ejercicios nuevos por el señor y la señora Monfroid.

En el Museo se ha organizado una compañía de ópera que ha puesto en escena el *Hernani* y *La Somnambula*, ambas con buen éxito atendidas las pretensiones de los artistas que la componen y la línea en que se halla el teatro.

Repasamos lo que llevamos escrito y respiramos, porque vemos que aunque en compendio hemos hecho mencion de todas las novedades que han ofrecido los teatros; fáltanos sin embargo añadir á la crónica de espectáculos la presentacion en la Cruz de Mr. *Chevalier* y de su esposa, prestidigitador el primero y dotada la segunda de la doble vista anti-magnética; ambos ejecutaron suertes pasmosas que dejaron admirada la concurrencia, y la salida en el del Instituto de *Mister Nellis*, hombre sin brazos que con su des-

treza pedestre, su industria y su habilidad logra ser aplaudido.

La apertura del magnífico pasaje del Iris, la feliz ascension aereostática de Mr. Arban, la esposicion de pinturas y los preparativos del hipódromo que debe definitivamente comenzar sus funciones á fines de esta semana, han servido tambien de entretenimiento á los curiosos.

En punto á novedades literarias debemos citar el hallazgo del famoso *buscapié* del inmortal Cervantes, la refundicion del acreditado periódico titulado *El Renacimiento* al *Semanario Pintoresco*, el temprano fallecimiento del célebre novelista Federico Soulié y otro fallecimiento mas, el de la famosa sociedad tipográfico-literaria universal, *La Ilustracion*, que ha dejado de existir dando envidia de imitarla á alguna otra asociacion análoga.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

GEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

El archivo de Simancas encierra documentos notables.

N. 10.

